



De la vida madrileña.

En casa de los duques de Santa Lucía

Los duques de Santa Lucía, marqueses del Bay, tienen una de las casas más artísticas de Madrid. ¡Feliz rincón ese de la calle de San Bernardo que, en relativamente poco trecho, está premiado por mansiones de la talla de esta de los duques de Santa Lucía, del palacio de Parcent, de la casa Baüer y de otras señoriales residencias!

En casa de los duques de Santa Lucía se celebró una espléndida fiesta, por la tarde, en honor de Sus Altezas Reales los Infantes doña Isabel y don Fernando y la duquesa de Talavera.

La concurrencia fué numerosa y selecta y, como era natural, dedicó buen espacio de tiempo á admirar las obras de arte que embellecen y avvaloran los ducales salones.

Gran atractivo ofrecía el magnífico salón central, cubierto de cristales, cuyos muros adorna espléndida colección de tapices de los Gobelinos.

Mientras unos fijaban la atención en la famosa cabeza de Caracci ó en el soberbio *Retrato de un caballero*, de Van Dyck, ó en los bellísimos lienzos de Bassano, Guido, Reni y Salvatores Rosa, ó bien en la Sagrada Familia, de Rafael, y en la Virgen, del Tiziano, ascendían otros por la escalera y pasaban á la biblioteca para admirar la interesante colección de hierros repujados que allí se encuentra.

También llamaban la atención, por su mérito y por lo bien conservadas que están, unas sillas de montar bordadas, de las que las grandes casas solían usar en las solemnidades. Proceden de la casa de los condes de Luque, en Sevilla, padres de la marquesa de Peñafior, que fué madre del actual marques del Bay.

Los Peñafior, según se sabe, son una de las más antiguas y nobles casas de Andalucía.

En el palacio de los duques de Santa Lucía se lee, en diversos salones, la leyenda de los Pérez de Barradas: «Antes morir que manchar su sangre». Como es sabido, el marqués del Bay es miembro de la ilustre familia de los Peñafior, hijo del anterior marqués, que fué hermano de la difunta duquesa Angela de Medinaceli.

Admiranse también en la artística casa antiguas tallas, magníficas porcelanas, entre ellas un Cristo bizantino, de porcelana; lámparas formadas con vasos antiguos, cuyas pantallas se hicieron con miniadas hojas de libros corales; viejas telas y otros muchos objetos.

La visita á la interesante casa fué seguida por los Infantes y los demás invitados con gran interés y fué interrumpida en el amplio comedor, donde fué servido un magnífico te.

Después, en el *hall*, la admirable artista mejicana Esperanza Iris, hizo las delicias de la concurrencia con bonitas canciones y cuentos mejicanos.

¿Quiénes fueron los que, formando el selecto concurso, se complacieron en aplaudir á la simpática artista?

Fácil es recordarlo, porque la fiesta no fué de las que se olvidan.

Entre las señoras figuraban las duquesas de Baena, con su hija la marquesa de Villamanrique; Santa Elena, Vega, con su hija, y Vistahermosa.

Marquesas de Santa Cristina, con sus hijas, y Mont Roig; condesas de Aguilar, Adanero y su hija la de Revilla Gigedo; Almodóvar, Paredes de Nava y Bernar, con sus hijas; baronesa del Castillo de Chirel y su hija la de Bicorn; la señora de Dato y sus hijas, el marqués de Canillejas y las suyas, el general Milans del Bosch y su esposa, y marquesa de la Ribera.

Señoras y señoritas de Aguilar, Bertrán de Lis, Lardizábal, González Hontoria, Bascaran, Bermúdez de Castro, Coello, Aznar, García Loygorri, Heredia, dama de la Reina; Martínez de Irujo, Mendivil (nacida Martínez de Irujo), Eulate y Bernaldo de Quirós.

La tarde se pasó, en suma, deliciosamente y los amables duques de Santa Lucía no cesaron de escuchar felicitaciones.



Fot. Kaulak.

Con el mayor gusto publicamos hoy este retrato. Fernando Jardón, caballero gran cruz de Alfonso XII, cónsul de la Argentina en esta corte, attaché comercial de la Embajada de la República del Plata, es un querido amigo nuestro, es más: es un querido amigo de España. ¿No le conocéis? Sí, si le conocéis, porque gusta de frecuentar los círculos madrileños, porque su corazón le dicta de continuo caridades, porque es amigo de aristócratas y de artistas, de políticos y de literatos, y porque su misión—gratísima para él—le hace estrechar más y más los lazos de afecto entre España y la Argentina.

Recientemente ha sido nombrado agregado comercial de la Embajada. Y si Jardón ha recibido muchas enhorabuenas, también deben recibirlas los países con los que convive, puesto que tienen en Fernando Jardón un esforzado paladín, defensor de ambos intereses y conquistador de simpatías.

Una fiesta hispanoamericana

Los nombres de América y España han estado una vez más unidos en una atrayente fiesta. Hemos puesto fiesta y no queremos borrarla, porque aunque sólo fué un te—una taza de te, como se decía modestamente—, fué un te «de fiesta», atendiendo á la cordialidad de sentimientos.

En las fiestas, en las verdaderas fiestas, lo de menos es el programa y lo de más, el grado de contento que uno lleva en el alma; y al te que nos referimos—por eso fué de fiesta—acudimos nosotros satisfechos porque en el nombre de América no vemos sino una continuación del de España. ¿Verdad que así es?

Don Fernando Jardón, decano del Cuerpo Consular americano y actual agregado—siendo hispanoamericano, no queremos decir «attaché»—actual agregado comercial de la Embajada argentina, es muy querido de todos. Su nombre es popular. Además, quiere mucho á España, lleva mucho tiempo en España, convive gratamente é íntimamente con los españoles. Y D. Alfonso Hernández Catá—vice-decano del mismo Cuerpo Consular—, y cuyo nombre os suena, no sólo á asuntos consulares,

sino á literatura y á poesía, es también persona que cuenta en esta tierra muchas admiraciones y cariños.

Y ambos amigos queridos, en sus calidades de decano y vicedecano, obsequiaron con un te á yo no recuerdo cuántas personalidades. Yo no las recuerdo—yo no recordaré á todas, una por una, mejor dicho—y no quiero el disgusto de que se me quedase en el tintero un nombre prestigioso; por eso no voy á citar nombres; pero sí os voy á decir que en aquel gran salón del Palace, en cuyo fondo se alzaba, elegantemente adornada, la mesa repleta de manjares, se congregaron ministros de la Corona, ministros dimisionarios ó de cuerpo presente—como ustedes quieran—, pero representación del Gobierno al fin y al cabo; el rector de la Universidad y gran número de catedráticos; todos los ministros y encargados de Negocios de Sudamérica, y los cónsules y vicecónsules de las Repúblicas que hablan nuestro idioma, amén de las autoridades, amigas de los señores Jardón y Catá, y de algunos ilustres ex ministros, literatos, artistas y escritores.

Calculad, así por encima, la concurrencia tan varia y distinguida; calculad las charlas y no os equivocareis al pensar que algunos políticos—puesto que alta era su significación—aprovecharon aquellos momentos de confraternidad para conferenciar sobre los instantes que constituían entonces la actualidad política.

Yo no soy político, ni á mí me gusta la política—¡horror!—, aunque comprendo que la política tiene algo de globo... porque hace subir; pero yo he debido consignar esta notita de las conferencias entre ministros y ex ministros como detalle de la reunión.

Pero, sobre todo—y esto sí que nos es grato consignarlo—, se habló de España y de América, del pasado y del presente, de la afinidad de sentimientos y lenguajes, de las industrias y comercios de ambos países, del intercambio de ideas y actividades que debe siempre haber entre aquí y allá... y soñamos en voz alta—aunque sin tono de discurso, por fortuna—con un porvenir, que no ha de tardar en llegar, dichoso y feliz.

No hubo brindis. No. Pero al llevarse hasta los labios las copas de champagne hubo en aquel silencio algo más elocuente que los discursos que hubieran podido pronunciarse: hubo que los corazones latieron noblemente.

Tres reuniones agradables

No cabe duda de que las reuniones, para ser agradables, necesitan, como base, la amabilidad y la simpatía de los dueños de las casas en que se celebran las reuniones. Y no cabe, por tanto, duda de que fueron agradabilísimas las reuniones á que ahora vamos á referirnos.

Los salones de los condes de Casa-Tagle se alegraron el otro día primorosamente.

Los condes de Casa-Tagle viven ahora en un lindo hotel—muy blanco, muy coquetón—del paseo del Cisne y frente á él se alza la iglesia y el convento de San Fermín de los Navarros, residencia del tan renombrado padre Federico Curieses.

El sitio es encantador siempre; pero en un día como aquel—tan claro, tan limpio—, más encantador que de costumbre. Del hotel—nuevecito, recién estrenadito—podemos decir, como se dice ahora de las personas, que es un hotel «bien». Sus salones, sus muebles, sus adornos, su decoración... todo está muy en armonía con el buen gusto. Y de la amabilidad de los dueños de la casa y de su hijo Fernando Márquez de la Plata y de su hermana Elena Echenique... ¿qué vamos á decir que no sepáis?

Sonó la música, la juventud bailó y eran las nueve y media de la noche cuando los últimos carruajes se retiraban de junto á la verja del hotel, llevándose las bellas florecitas que lo adornaron: allá va el automóvil con las lindas princesitas Margarita y Fabiola Massimo de Borbón y los señores de López de Ayala; allá va el otro auto con Gabrielita Sánchez Errázuriz—encanto de encantos—y con su madre la esposa del ministro de Chile en Bélgica, y con su abuela la respetable dama doña Gertrudis Echenique de Errázuriz, viuda de aquel gran D. Federico Errázuriz, que, presidente de la República, concertó y firmó, en el Estrecho de Magallanes, la paz entre

Argentina y Chile, dejando una memoria aureolada de todos los respetos que la ilustre viuda ve cernir-se también en torno suyo; allá va el automóvil del representante de Chile, con los distintivos de su país, y dentro de él, el señor y la señora de Fernán-dez Blanco; allá va... Pero no podemos citar todos los concurrentes, más si decir que fué una fiestecita en pequeño, en intimidad, que hizo que se pasase el tiempo sin notarse.

También pasó el tiempo velozmente en casa de los condes de los Corbos, una casa muy bonita de la calle de Serrano, que el joven matrimonio ha adquirido y arreglado con mucho gusto. Damascos, tapices, cuadros antiguos, porcelanas...; un conjunto, en fin, muy grato y distinguido. Y en aquellos salones, que los preside la condesa de los Corbos—de la ilustre familia de los Carvajales—, bailó la juventud, una de las últimas tardes, hasta las nueve de la noche. Como que no encontraba el momento de dejar de bailar.

Con la condesa y con el conde de los Corbos—un Márquez de la Plata—hacia los honores también su hermana la marquesa de Camarena.

Era muy numerosa la concurrencia y, claro, las charlas fueron muy animadas.

Yo no sé si recordaremos todos los nombres de todas las personas que saludamos, pero voy á intentarlo.

Allí estaban esos dos encantos que son las princesitas Margarita y Fabiola Massimo de Borbón. ¡Qué de simpatías tienen! Afirmando que se las quiere mucho y que se merecen todos los afectos y todas las consideraciones. Porque tienen hasta el encanto de la sencillez. Estaban también la duquesa viuda Hornachuelos y sus hijas, las marquesas de Villamagna, Gelo, Guevara, San José, Casina, Casa-Real, Velasco y su hija, San Miguel de Híjar y Garcillán, las condesas de Campo Giro y sus hijas, Venadito y las suyas, y Casa-Tagle, la baronesa de Covadonga, las vizcondesas de Val de Erro y San Antonio.

Las señoras y señoritas de Lardizabal—hermana de S. A. la duquesa de Talavera—y su hija, López de Ayala, Cedillo, Acuña, Vega Inclán, Millán, Jordán de Urries, Noriega, Amezuá, Escrivá de Romani (Tovar de Lemos), Madariaga, Cejuela, Márquez de la Plata, Echenique y Tagle, García Lomas, González-Hontoria, Illana, viuda de Caamaño, Martín y Aguilera, Oliva de Gaytán, Bellefrid, Fernández Blanco, esposa del ministro de Chile; De Pedro, Sánchez Errázuriz, esposa del ministro de Chile en Bélgica, y su encantadora hija Gabriela; Romero...

Los duques de Sessa, Medina de las Torres y Almenara; marqueses de Guadalcázar, San Vicente, Cuevas del Rey, Guevara, Casa-Real, Velasco, Vil-lel y San José; condes del Venadillo, Castillo-Fiel, Campo Giro, Monterrán, Granja y de las Losadas; barones de Covadonga y de Adzaneta.

Ministros de Chile en España y Bélgica; Secretario de S. M., D. Emilio Torres; señores López de Ayala, Ortega Morejón, general Márquez de la Plata, Amezuá, Aguilar, García Lomas, Cejuela, Madariaga, Acuña, Ansaldo, Silvela, Azara, Abella, Mé-lida, Jordán de Urries, Monera, Velasco, Weyler, Cisneros, Toreno, Ergaña, Calatayud, Ojesto, Pérez del Pulgar, Spottorno, Retortillo, Hontoria, Escrivá de Romani...

Y, al despedirse, muchas lindas «bailarinas» le decían á la condesa:

—Esta fiestecita de hoy ha sido la primera..., pero que no sea la última.

La otra deliciosa fiesta fué en casa de los señores de Moreno y Osorio. Su hija «Mimo» es una encantadora señorita que se acaba de poner de largo. ¡De largo! Para decir verdad, ó para hablar con más propiedad, diremos que acaba de vestir su primer trajecito de mujer. Sus padres, los Sres. de Moreno y Osorio, son muy queridos en sociedad. Y «Mimo», que es monísima, algo así como una figulina de «biscuit», tiene ya un núcleo numeroso de amiguitas, como ella de lindas y como ella de gentiles.

Estas tardes, la encantadora «Mimo» va reuniendo en su casa á unas cuantas de sus amigas. Unas tardes unas y otras tardes otras.

Y una tarde llegó en que, un recadito amable por teléfono, me puso sobre aviso de la improvisada reunión, y á las siete en punto llegué á los salones de la calle de Velázquez, que estaban animadísimos.

—¡Cosas de chicos!—díjome al verme la señora de Moreno y Osorio.

—¡Pues vaya si esto está divertido!—repuse.

Sonaba el piano, sonaba una pandereta, una campanilla, una trompeta, un silbido, un tambor... ¡Oh qué deliciosamente alborotadores los bailes modernos! Y las juveniles parejas, bailaban sin descanso, seguidamente, conti-

nuamente, incesantemente. Y ante nuestra vista fueron desfilarlo tantos y tantos encantos.

En primer lugar, «Mimo» y su hermana—su hermanita—, que aun no ha salido «al mundo», pero que, como la fiestecita era íntima y en su casa, asistió á ella; luego, las señoritas de Sangro; después, las hijas de los duques de Gor, Sueca, Aveyro, Vega y Medina-Sidonia; de los marqueses de Pozo Rubio, Puebla de Rocamora, Aranda, Ribera, Perales, Bendaña, Montefuerte y Salinas; de los condes de Casal, Buena Esperanza, Finat y Pardo Bazán, y de los señores de López Roberts, Chavarri, Castro Torrado, Suárez, Vivar, Pombo...

¡Oh! ¡Qué deliciosa juventud! Yo no sé cómo fueron las generaciones á las que aluden nuestros padres cuando de estas cosas hablan; pero, ¡vaya, vaya!, sé cómo es la actual, y... á fe que hay que bendecir al Altísimo.

Otras encantadoras fiestas

En Madrid ha pasado unos días un ilustre matrimonio inglés: lord y lady Cowdray. ¿Quién es lord Cowdray? El ministro de aviación inglés, que dió extraordinario empuje á la navegación aérea, de la que son muestra los gigantes Handley Page que recientemente nos visitaron. Ahora lord Cowdray, que en Méjico descubrió unos pozos de petróleo riquísimos y que sigue en una vida de constante actividad, ha venido á descansar unos días á España y ha sido agasajado repetidas veces durante su estancia en Madrid.

Los señores de Merry del Val (D. Domingo) dieron en su honor un almuerzo.

Con ellos se sentaron á la mesa el embajador de Inglaterra y lady Isabella, los duques de Tovar y el marqués de Villavieja, entre otros, además de la encantadora señorita Merry del Val.

Fueron también obsequiados lord y lady Cowdray por el duque de Alba con otro almuerzo en el palacio de Liria, siendo comensales los embajadores de Inglaterra, los duques de Dúrcal, lord y lady Pembroke, los señores de Merry del Val y D. Luis de Errazu.

¿Saben ustedes dónde ha habido otra reunión muy agradable? En casa de la señora de Gómez Barnés.

La señora de Gómez Barnés—muy guapa, muy distinguida, su cabeza prematura y ligeramente esmaltada de hilillos de plata—celebraba sus días, y á felicitarla acudieron muchos amigos, muchos. Tantos, que sus salones, que son grandes, se llenaron por completo.

Y no digamos nada si había flores. Aquello parecía un jardín. Y para que no faltase ninguna nota deliciosa, hasta llegaban á las charlas de las personas mayores, de vez en cuando, los ecos de las risas de los niños de los señores de Gómez Barnés y de sus amigos, que revolvían y jugaban en apartadas habitaciones.

En casa de los marqueses de Santa Cristina se han pasado también días muy agradables. ¿Con qué? Con un torneo de tresillo.

¡Viva el tresillo, señores!

Hasta ahora lo teníamos un poco relegado al olvido. Todos los torneos, todos los concursos eran de «bridge». Pues bien, este torneo ha sido de tresillo, ha durado varias sesiones y se disputaba en él una preciosa copa de plata, que se otorgaría al jugador que ganase mayor número de «solos».

Han tomado parte en la prueba, que, para los entendidos no deja de tener interés, la marquesa de Moctezuma, condesas de Cartagena, Vía de Manuel y viuda de Aguilar de Inestrillas; los duques de Almodóvar del Valle y Sotomayor; marqueses de Santa Cristina, San Vicente y Campo Fértil; conde



Los Sres. Ríos, González, Juez y Guijarro, que forman el admirable cuarteto de instrumentos españoles «Los cuatro gatos».

de Montefuerte, y Sres. D. Joaquín Patiño, D. Francisco Travesedo y D. Alvaro Drake.

Resultó ganador D. Joaquín Patiño, quedando en segundo lugar el duque de Almodóvar del Valle, á quien se le concedió otro premio.

Pues señores ganadores: que sea enhorabuena.

Y para terminar—no es posible terminar mejor—, recojamos con satisfacción la nota de elegancia que todos los lunes nos ofrece el comedor del Hotel Ritz. Una de las últimas noches hubo que colocar mesas en el «hall». Tal fué la concurrencia, de la que recordamos algunos nombres.

El director general de la Deuda, D. José del Moral, y su esposa—joven, gentil, bella é inteligente—, sentaron á su mesa, florecida de grandes rosas, al marqués y marquesa de Armendariz y al señor y señora de Gutiérrez de Salamanca (Paquita Longoria), con lo que queda dicho que las rosas florecían en la mesa y alrededor de ella; en la mesa de los señores de Hamilton Whitfield, comieron los duques de Plasencia, los condes de Sonmati y el pintor señor Moreno Carbonero. Con los barones de Benasque, los condes de Limpias, los señores de Goicoechea y otros. Con los señores de Riva Agüero, los marqueses de Tamarit y sus hijos Carmen y José, las señoritas Rosa, Fortunata y Julia de Osma, y el encargado de Negocios de la Argentina, Sr. Levillier.

En otras mesas estaban la duquesa de Frías y su hija, los barones de Woelmont y su hermana, ministro de Holanda, coronel Van Natta y su esposa, Mr. y Mrs. Palmer, capitán Walls y señora y otros diplomáticos; señoras de Scherer y de Kochentaler, marqueses de Albaycín, M. y Mme. de Vienne, señores de Bascarán, señores de Jaeger, marqueses de Ibarra, señores de Canals, señores de Laiglesia, ministro de Instrucción pública, Sr. Rivas; capitán general de Madrid, Sr. Aguilera; lord y lady Cowdray, señoritas de Perales y Figueras, señores de Montañés, de Ory, Ventosa, Montenegro, Nárdiz, Luque (Ernesto), barones de Velli, señores de Laiglesia, Rodríguez Acosta, los opulentos banqueros granadinos Baldasano, Retortillo...

Y luego de la comida, los Boldi se trasladaron al salón de baile y... hasta las dos y media de la madrugada.

Decididamente los lunes por la noche es el Ritz uno de los lugares preferidos por la sociedad elegante.

Un concierto en honor de un poeta

¿Hay nada más espiritual? Fué en el Círculo de Bellas Artes, en el coquetón estudio que el Círculo tiene para su sección de fotografía artística, magnífica desde que la dirige con singular acierto y asiduidad reveladora de una gran afición el Sr. D. Julio Calleja.

Fué el concierto en honor del gran poeta y diplomático mejicano Médez Bolio, é interpretado por ese cuarteto de instrumentos españoles que lleva el simbólico nombre de «Los cuatro gatos». Admirable, admirable. En más de una ocasión lo hemos dicho y lo repetimos hoy con encanto. Son unos maestros los Sres. Ríos, González, Juez y Guijarro, pulsando la bandurria, el laud y las guitarras.

Nos deleitaron de nuevo con los acordes de la serenata «En la Alhambra», de Bretón; los de un «Vals», de Chopin; los de las «Danzas del príncipe Ygor», de Borodine; los de un «Tema con variaciones», de Beethoven; los de la jota «Viva Navarra», de Larregla.

Se juntaron nuestras manos en un aplauso. ¡Qué justeza, qué unidad, qué entusiasmo! Nosotros aplaudimos todo esto; pero nuestros aplausos eran también para la fe de estos artistas, para la voluntad de estos cuatro músicos amadores del Arte y luchadores por un noble ideal. Entre nutridos aplausos nos dejaron escuchar también «Granada», de Albéniz, y el «Momento musical», de Schubert.

Triunfará, brillará este cuarteto. Lo decimos. Porque con méritos como los que poseen los cuatro profesores es fácil oficiar de profetas.

Luego del concierto, Médez Bolio—inspirado y profundo—recitó unas composiciones suyas de fuerte vigor, de vibrante nervio, apasionadas cuando habla de la mujer y de la raza, dulces y románticas cuando habla del amor, tiernas y delicadas cuando nombra á la madre... Y Médez Bolio fué calurosamente felicitado.

Unas horas muy gratas, deliciosas, encantadoras; una concurrencia llena de afectos, y unos honores muy amablemente hechos por el presidente de la sección de fotografía del Círculo de Bellas Artes, Sr. Calleja, y algunos socios y señores de la Junta.

Grato recuerdo de una fiesta.



Rosarito Iglesias en «La Mendiga».



Rosarito Iglesias en «Cuento legendario».

EL teatro Pereda. Mucha luz, mucha alegría, mucho arte. En palcos y butacas, toda la sociedad de Santander. En las gradas, el pueblo sano. Aplausos y ovaciones á granel y con mucha justicia. ¿Qué fué ello? Un gran éxito para la fiesta de Caridad, organizada por la Asociación de señoras para el mejoramiento social y material de la clase obrera, bajo la dirección de las damas catequistas.

Toda empresa, cuando es noble, halla siempre aliento y estímulo en los corazones sanos. Así resultó completa la fiesta en su fondo y en su forma; y cuantas distinguidas personas—inteligentes aficionados—tomaron parte en ella, quedaron bien satisfechas de su labor; porque con ella demostraron que la sociedad santanderina, cuando quiere, sabe organizar espectáculos tan elegantes y cultos como la más culta y elegante ciudad, y sabe combinar con esa nota de distinción todo lo que una fiesta de carácter popular requiere para que los resultados económicos sean mayores, y, por tanto, mayores también los beneficios que las clases obreras reciban.

El recuerdo de la fiesta en el teatro Pereda perdurará en cuantos tuvieron la fortuna de asistir á ella. Ante todo, fué muy divertida; y esto es esencial. Hubo en ella para todos los gustos y aficiones, y esa misma diversidad dió al espectáculo una ligereza pocas veces advertida en actos de este género.

Comenzó con un concierto de piano, á cargo de las señoritas Concha Gacituaga y Rita Rodríguez, que una vez más demostraron que son dos artistas consumadas.

Después asombró al público una gran actriz; una gran actriz que es muy pequeña, porque es una niña, lo cual no obsta para que ya sea una gran actriz. Rosarito Iglesias tiene una dicción clara, un ademán preciso, un gesto siempre apropiado y una voz preciosa. Con todas estas condiciones fácil es figurarse lo que el público disfrutaría escuchándole recitar dos monólogos: los titulados «Cuento legendario» y «La mendiga», que están, además, muy bien escritos, demostrando que su autor, D. Luis Iglesias, puede y debe hacer cosas de bastante más empeño.

Cayó el telón, y cuando volvió á levantarse apa-

reció ante los espectadores un cuadro precioso. Encantadoras niñas, todas vestidas de blanco, sostenían en sus manos aros, forrados también de blanco. El cuadro se animó de pronto, adquirió vida y movimiento y comenzó una danza preciosa, en la que alternaron figuras distintas, muy artísticas.

¿Quiénes fueron las danzarinas encantadoras? Las niñas Emilia, Elena, Angeles y María Nárdiz, Rosina y Conchita Acha, Lolita Pérez, Lolita y Laura Sanjurjo, Anita y Consuelo Leguina, Antonia Ruano, Paz, Elena y María Teresa López Dóriga, Rosita y María Jesús Burgués, Elena y Leonor Martínez Lanuza, Asunción y Ana María Gómez Conde, María Teresa Magnatine, María Teresa Piñeiro y Milagros Gómez Acebo.

Y, ahora, punto y aparte. Sevilla, las Vascongadas y la antigua Judea, desfilaron ante los admirados ojos del público, en tres cuadros maravillosos de luz y de color, dispuestos con un derroche de arte inconmensurable.

Fué primero la escena andaluza. Un patio sevillano, con muchas plantas y muchas flores. Y entre ellas—nuevas fragantes flores—, las caras incopiables de Amparito Burgués, Luisa Piñeiro, Josefina Alvear, María Ruano, Nieves Acha, Teresa Regules,

ensueño, trasladados al interior de una casa vasca; á uno de esos típicos hogares de esta parte de España, que hace las almas nobles y las razas fuertes. Y allí estaban, vestidas con trajes del país, María Corral, Asunción Pérez, Mercedes Vial, María Ontañón, María Luisa Leguina y Lolita Sanjurjo.

Y ¡con qué graciosa soltura saludaron á la complacida concurrencia cuando ésta les otorgó el merecido homenaje de sus aplausos!

Y ya, no por virtud de aeroplanos, que en minutos más ó menos transpusieran al público de un país á otro lejano, sino por merced del poder de la fantasía que hace revivir tiempos pasados en tierras cercanas ó distantes, encontráronse los espectadores luego ante una escena

de marcado sabor hebreo. Junto al poyo bíblico se agrupaban Lucrecia Agüero, Carmen y Angeles Cabrero, Ana María Corpas, Luz Pombo, Aurora Bedia, Cuca Bustamante, Elvira Camino, María León, Magdalena Gómez Acebo y Aurora Suárez Murias.

Con sus ánforas, llenas del agua pura, allí estaban dispuestas á apagar la sed del caminante. Y lo que hicieron, sin darse cuenta, fué avivar el entusiasmo del público, ante tantas bellezas consecutivas.

Pero aun quedaba otro cuadro plástico; y esto fué esencialmente simbólico y muy apropiado para la índole de la fiesta. Sobre las nubes, entre gasas, apareció la personificación de la Virgen María, rodeada de ángeles. ¡Qué bellas estaban, en su ascensión al Cielo, María Ruano, Marina Piñeiro, Matilde Zamanillo, Carmen Blanc, Lucía Zorrilla, Nieves Acha, y las niñas Milagritos Gómez Acebo, Conchita y Rosina Acha, Consuelito Leguina, Antonia Ruano, María Teresa López Dóriga y Laura Sanjurjo!

Para final, hubo una nota artísticomusical. Salió un coro de preciosas napolitanas; y decimos preciosas, porque las «coristas» eran Josefina Alvear, Luisa Piñeiro, María y Matilde Zamanillo, Angeles Ruano, Carmen y Mercedes Mazarrasa, María y Carmen Gutiérrez, Pura Rubayo, Nieves Acha, María Flora Prado, Amparo y Rosario Burgués, Magdalena Gómez Acebo, Concha López Faci, Rita Quintanilla, Lucía Zorrilla, María Teresa y Rosa Herreros.

Pues este coro de napolitanas preciosas cantó —¡y cómo cantó!—, bajo la dirección de doña Tere-



La Virgen y los ángeles.

Luisa y Pilar Zorrilla, María y Matilde Zamanillo, Angeles Blanc, Aurora Bedia y Magdalena Gómez Acebo.

Con mantones y con altas peinetas, ¿no estaban estas sevillanas para no cesar de requebrarlas con esos piropos de la gracia andaluza que, cuando es fina, no tiene desperdicio?

Poco después nos encontramos, como por arte de



Escena hebrea.



Napolitanas.



Cuadro andaluz.



La danza de los aros.

sa Zapino y del maestro Celayeta, una romanza italiana primero, y después la famosa obra de Guridi, «Así cantan los niños». Esta obra—¿quién no la conoce y quién no la admira?—ofrece para su buena interpretación una serie de dificultades, que fueron vencidas admirablemente.

Fué este final como broche de oro para la magnífica fiesta. Y á la concurrencia le gustó tanto el broche que, antes de marcharse del teatro, permaneció

lo menos cinco minutos tributando ovaciones cariñosas á las cantantes improvisadas y, en general, á cuantas personas contribuyeron á dar á la función el relieve que, por sus nobles fines, merecía. Y se sabe que las damas catequistas y demás señoras organizadoras de la fiesta están pidiendo, llenas de júbilo y de gratitud, cumplir sin estrecheces su buena obra cerca de la clase obrera, gracias á la caridad de la sociedad de Santander.—JUAN DE MENDOZA.

LA FIESTA DE LAS MADRES

FRANCIA entera ha festejado, el domingo 9 del actual, la Madre de familia, en una jornada solemne, á la cual ha querido dar todo el esplendor que merece el homenaje á la belleza y á la grandeza de la maternidad. Ha querido así honrar en este momento la Madre, no tan sólo porque ella es el manantial de vida y porque en ella reside el porvenir mismo del país, sino porque conviene en la paz acordarse del infinito dolor que abrasó el corazón de las madres durante el curso de la última guerra.

Con esta oportunidad, deseando nosotros también llevar á esta fiesta nuestra contribución, entresacamos, para los lectores y, sobre todo, para las lectoras de VIDA ARISTOCRÁTICA, esta página poética, extractada de *En la vida*, nuevo libro que acaba de escribir, para los niños, Serge Barranx:

LA MADRE.

Cuando era yo un niño pequeñito y el menor ruido me asustaba, lloraba sin poder decir la causa de mi mal, y mi madre, inclinada sobre mi cuna, sabía sola calmar mi pena.

En la hora de la caída de la noche sobre la tierra, ella venía á cerrar mis párpados con besos y cantos muy dulces.

En el claro de sol de una mañana de primavera, ella ha guiado mis primeros pasos indecisos y temblorosos.

Y con sus palabras, llenas de ternura, me enseñó á amar mejor á los seres y á las cosas que están en la Naturaleza.

Así, mi madre, que me ha dado la vida, ha velado mis días y mis noches, sin jamás hartarse y sin quejarse jamás.

Así he vivido mis primeros años, bajo las miradas conmovidas de mi madre.

Más tarde, en las horas de sufrimiento, he sentido á veces, en mi frente ardiendo de fiebre, el fresco rocío de sus lágrimas.

Y la veo, á cada hora del día, trabajar para que cada uno de los que la rodeamos disfrutemos de la dulzura del vivir.

Cuando la noche adormece á los seres fatigados por la ruda tarea cotidiana, ella prolonga á menudo la velada para dar á su casa más alegría y felicidad.

Los años que pasan podrán arrugar su frente, blanquear su hermosa cabellera, inclinar bajo el peso de las fatigas su cuerpo tan derecho. Pero para ella siempre seré yo el niño que ha llevado en sus brazos y ha crecido con los esfuerzos de su ser. Y yo me habré hecho el hombre fuerte que trabaja y que lucha y al que ella acarició en la cuna como verdadero hijo de su amor.

¡Oh, madre querida, alma del hogar y luz de nuestros corazones! Nunca podré pensar en ti, sin emoción y sin gratitud.

SERGE BARRANX

CHISPERSAS

¡Viva la raza española
de belleza soberana
y gentil como ella sola!
Ejemplo: Carmen y Tola
Viana.

Como Totó Aliaga es una joya
en que lo natural se diviniza;
si la llega á ver Goya,
honrando su pincel... la inmortaliza.

Hay que ver lo bonitas que son,
lo que valen y siempre valdrán,
y aunque de ello ni cuenta se dan,
lo que atraen de Madrid la atención
Angelita y Mercedes Baztán.

Mira, niño:
si la ves, te maravillas;
viendo á Rosario Patiño
cruzar la Puerta del Sol,
no me caí de rodillas
porque... me agarré á un farol.

La otra noche soñaba
que yo me iba encontrar con un tesoro
y no me equivocaba,
porque al día siguiente lo encontraba;
era Maruja López Valdemoro
que el pelo me tomaba.

Lo mucho que vales tú,
Condesa de San Pascual,
lo sé yo;
para Madrid... un Perú
y para Chile... un platá,
¿cómo no?

A todos nos encantas,
Menene Somosancho, cuando cantas;
haces tales primores
con esa voz que tienes,
que un niño, que te oyó, á los... ruisenores
les llama: los *menenes*.

No te vayas á reír,
Carmen Villar y Villate,
que no es ningún disparate
lo que te voy á decir:
«Mira, si se vistiesen como antes,
por lo preciosa que eres, no te escaparas
de que, al verte venir los estudiantes
te alfombrasen la calle con sus capas.

Eres guapa, morena y angelical,
la música te encanta, si es de primera,
¿quieres leer el verso más ideal,
el verso más sonoro, más musical?
Lee el último verso de esta «Chispera»:
María Antonia Ximénez de Sandoval.

MADRILES

RIVALIDAD

LA prensa comentó regocijada el discurso de Blasco Ibáñez en Washington acerca de la mujer americana, y subrayó sus párrafos satisfecha de que fuera un escritor extranjero quien le diera motivo á desahogar su rivalidad humillando al contrario. De valiente le reputaron, y realmente fué una valentía excitada por la sangre mora levantina, revuelta é hirviente de celos, encontrar estas mujeres libres material y espiritualmente haciéndose valer ante el hombre que las desea, el cual sabe que bajo ningún concepto es necesario y sólo con halagos y consideraciones puede llegar á conseguir su afecto, porque las americanas con la responsabilidad de su independencia económica recaban su libertad individual á los veintiún años, á cuya edad cesa hasta la autoridad paterna.

En las inglesas (sus primas hermanas) las costumbres están más restringidas, aunque libres y adelantadas; pesan sobre ellas la separación de clases y el orgullo de blasones y noblezas heredadas, que hay que sostener con honores y dignidad.

En el matrimonio, conservando su independencia personal y económica, cubren la fórmula de respeto y obediencia al marido, con cierta indiferencia discreta en los negocios que les evita inquietudes. Con el *all right dear* breve y rotundo, sancionan generosas los acuerdos, y en todos los instantes se adornan con una dulzura superficial que las hace agradables.

Pero la americana, más intrépida y audaz, considera á ésta anticuada y torpe, mientras que aquéllas las creen descocadas y parvenus. En la sociedad de aquí, se admira la belleza y distinción de las americanas, y las millonarias que aquí residen, figuran en la organización y á la cabeza de muchas instituciones, y fiestas benéficas, modelo de originalidad y buen gusto.

La reconstrucción de los pueblos hundidos en Francia corre á cargo de una Junta de señoras de Nueva York; pero el sentimiento masculino le es hostil, y puede condensarse en el juicio emitido por Lord X, emperador en el reino de los negocios, que al final de una comida con que obsequiaba en el Claridge's á varias personas, entre las cuales nos encontrábamos, decía: las americanas no me gustan, exigen mucho á cambio de nada; mis compatriotas son muy frías; de las latinas, las italianas son lo contrario, pero en tal grado de apasionamiento, que dan miedo; á las españolas, la leyenda del marido celoso me ha impedido conocerlas; pero admiro mucho á la francesa, espiritual, inteligente y cariñosa. Sobre esas cualidades alguien le contestó: en la española encontraría usted la virtud de la austeridad.

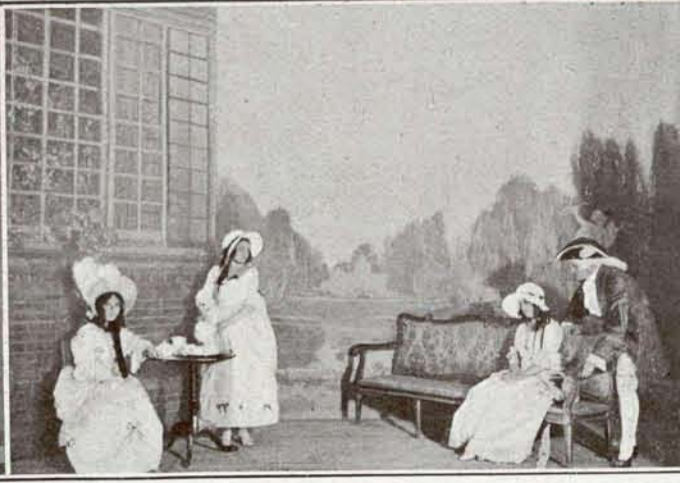
PILAR RIGÓ
(Swallow.)

Londres, Abril, 1920.

Una fiesta aristocrática en Córdoba



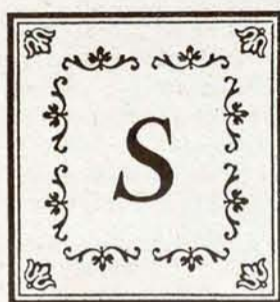
Esperando la procesión.



A la sombra.



La buenaventura.



SEÑOR director de VIDA ARISTOCRÁTICA: Ante todo, permíname usted que no le llame por su nombre y sus apellidos. Se lo diré francamente: es que no sé cómo se llama usted. En esa plana de su Revista, esa primera plana donde siempre viene un retrato de esos que dan ganas de ser una la retratada, he leído: «Director-pro-

pietario, Leon Boyd»; pero yo me figuro que lo de Leon Boyd debe ser el mote, como por aquí decimos; y yo, la verdad, no me atrevo á decir «señor Leon Boyd». ¡Si yo supiera cómo se llama usted! Pero, hijo, aquí, en Córdoba, ¿qué hemos de hacerle? Yo leo las crónicas de sociedad de no sé cuantos periódicos de Madrid, y conozco, por retratos y por lo que ustedes nos cuentan de ellas, á muchas aristocráticas familias; pero nada más. En cambio, pregunteme usted de cosas de las familias «bien» de Córdoba. Ande: ¿por qué no me pregunta? De aquí, de la sociedad cordobesa sí que sé cosas. ¡Uy, si yo le fuese á contar á usted todos los chismes que sé!

Pero no son chismes los que hoy quiero contarle. Verá usted. En casa recibimos VIDA ARISTOCRÁTICA desde su primer número. No intente saber quién soy, porque no se lo diré; averíguelo si puede, y si no..., otra vez será. El número del baile goyesco del Real me entusiasmó; y yo he pensado: si nosotros hemos hecho aquí una cosa también muy bonita, ¿por qué no se han de enterar de ella todos los lectores de Leon Boyd?

Así es que he hecho una cosa que ya sé que está mal, pero no me importa. ¿Que dicen luego que las andaluzas somos osadas? ¿A mí, qué? ¡Como no saben quien soy! Me he ido á casa del fotógrafo y, diciéndole que eran para mí, he conseguido la reproducción de unos cuadros vivos de que luego le hablaré; he cogido del gabinete de mamá el retrato que el otro día le dedicó la condesa de Hornachuelos, y todo ello se lo envió á usted con esta carta, que me está costando un horror de trabajo. Bueno: yo lo que le pido con toda mi alma es que no aproveche de ella ni un párrafo siquiera—¡Jesús, qué vergüenza!—, sino que saque aquellas noticias que crea de interés, para componer con todas una de esas crónicas en que parezca que usted ha visto todo lo que aquí ha habido estos días pasados. ¡Lo que me voy á reír al ver las caras que seguramente pondrán

mis amigas cuando vean «la gran crónica de la fiesta», con «monos» y todo!

Fué en el Gran Teatro, que estaba de hermoso como no se puede usted formar idea. Y fué un éxito grandísimo, que de verdad nos emocionó. ¡Qué alegre estaba la condesa de Hornachuelos! Ella había sido el alma del festival y ella obtuvo el mayor triunfo. Yo la di un abrazo, que aun me duelen los brazos de lo que apreté; y es que me alegré, como pocas, de lo bien que todo resultó. Seguramente que

usted conoce á la condesa de Hornachuelos. ¿Quién, que viva en sociedad, no la conoce? Aquí, en Córdoba, tenemos verdadero delirio por ella; es buena, que no hay más que preguntarle á los pobres si la condesa es buena; es inteligente y culta, que no hay sino oírla hablar de muchas cosas distintas, y es guapa, que no hay más que verla y quedarse embobado mirándola. Aquí, á la gente—á la gente en general—, todo se le vuelve hablar cuando ponderan á Córdoba de la Mezquita y del Club Guerrita; yo no digo que no haya preciosidades en una y mucho postín en el otro; pero á mí, donde esté San Rafael y donde se halle la condesa de Hornachuelos, que no me hablen de Mezquitas ni de toreros. ¡Calcule usted ya lo que habrá sido una fiesta organizada por la condesa! Además—y esto puede usted ponerlo en un sitio que pegue bien—, estaba esa noche la condesa de Hornachuelos reteguapísima, retelegantísima... ¡y retesimpatiquísima! Eso, que se destaque bien, porque es mucha verdad; yo le respondo de ello.

Y ahora vamos con el festival y á ver si consigo darle bien á usted la impresión de lo precioso que fué. Comenzó á las nueve y media y, ya á esa hora, estaban llenas todas las localidades. Yo fui de las primeras que llegaron, pero eso no hace falta ninguna que usted lo diga. Yo fui porque... ¡bueno! Por poco me descubro. Yo fui porque me habían invitado. Todos los antepechos de los palcos y los de los anfiteatros habían sido cubiertos con mantones de Manila, con lo cual, y con decirle que casi todo el mundo fué de etiqueta, puede usted calcularse el espectáculo que la sala ofrecería.

En un lado del escenario había sido colocada la bandera de la Cruz Roja y en el otro la del Centro Filarmónico. En la embocadura había sido hecha una orla con follaje y naranjas, y en el centro figuraba una cruz roja; pues no sé si sabrá usted que la fiesta era á beneficio de esta institución. Dos criados de la condesa de Hornachuelos, con libreas, estaban en la puerta del patio de butacas.

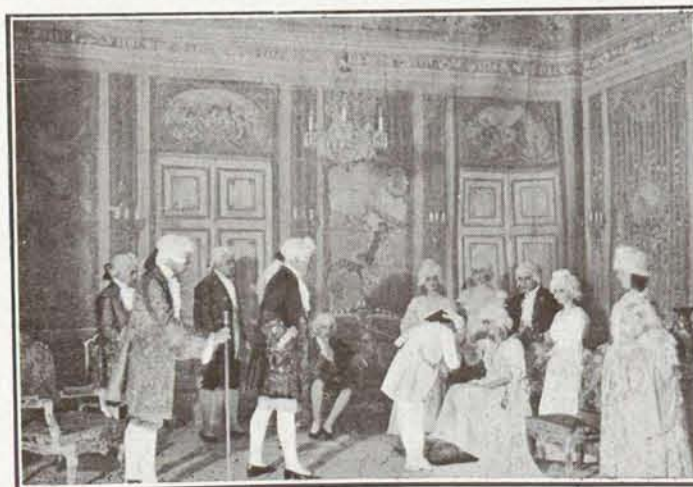
Comenzó la función con la representación de la preciosa comedia de los Quintero, *Puebla de las Mujeres*. ¡Lo que nos divertimos durante los ensayos! Es decir, se divertieron. Por supuesto, que á Rosario Correa ya no hay quien la llame en Córdoba Rosarito.

¡Concha Puerto y nada más que Concha Puerto! Es que estuvo muy requetebién; no es porque yo sea muy amiga suya, pero fué una actriz extraordinaria. Concha y Margarita G. Rueda, también estuvieron



Fot. Kaulak

La condesa viuda de Hornachuelos.



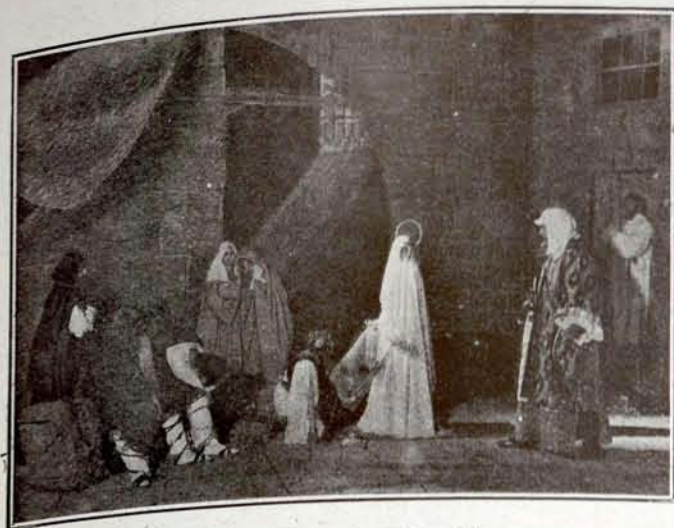
Presentación de Mozart á Madame Pompadour.



La gallina ciega.



La lección de baile.



El milagro de Santa Casilda.

magníficas; la primera fué una Juanita la Rosa á la que hubiesen dicho ¡olé! los autores, y la segunda se llevó una ovación en su breve, pero difícil escena. Pues, ¿y Maruja Fernández Jiménez? ¡Cómo se caracterizó de Doña Belén! Con decir que yo no la conocí...

Y para que yo no conozca á una persona, ya tiene que desfigurarse. Su hermana Pepa, en Santita; Concha Clementsón y Anita y Pepita Ripoll, fueron también aplaudidísimas, y con mucha justicia, porque lo hicieron muy bien.

¿Y de los hombres? Yo todavía me estoy riendo cuando recuerdo á algunos. Parecían actores de verdad, por lo en serio que tomaron sus papeles y lo á conciencia que lo hicieron. Pepe Lastra, en el simpático Don Julián; Pedro Barbudo, en el Adolfo Adalid; Antonio Monroy, en el Don Cecilio; López Tienda, en el Pepe Lora; Juan Navarro, en el Guitarra, y Pepe Luis Fernández Castillejo, en el Sacristán, realizaron una labor de cómicos muy buenos. El público no se cansó de aplaudir á todos, así como al actor de verdad, D. Benito Cibrián, que fué el que dirigió los ensayos y puso la obra.

Después..., fijese en las fotografías de los cuadros plásticos y dígame si no fué un acierto tremendo lo que vino después de la comedia de los Quintero. ¡Eche usted arte y verismo y lujo! Y aquí sí que correspondió el éxito á la condesa de Hornachuelos, y al pintor Julio Moisés, y á Daniel Macpherson que prepararon, pensaron y combinaron los cuadros. Daniel Macpherson vino expresamente desde Cádiz para ayudar á Julio Moisés. ¡Y menudo fué el resultado!

Cuando la gente se había cansado de aplaudir, terminada *Puebla de las mujeres*, á los intérpretes, á la condesa y al Sr. Cibrián, que no tuvieron más remedio que salir á escena, y cuando la banda del Regimiento de la Reina acabó de tocar una selección de *La Canción del olvido*, comenzaron los cua-

dos vivos, tocando entre uno y otro varias composiciones musicales el sexteto del teatro.

Fué el primer cuadro... ¡adiós! ¡Ya se me olvidó cuál fué el primer cuadro! Me parece, que fué el del «Milagro de Santa Casilda». ¡Eso es! Sus intérpretes fueron: Amparo Alvarez de los Corrales (Santa Casilda), hecha un encanto; Rosario Correa, Anita Ripoll y María Montemorana (esclavas), Pedro Barbudo (mozo rico), Manuel Hoces, José López Hierro, José Gutiérrez de los Ríos y José de la Lastra (pobres), y Ricardo Molina (soldado).

El público se quedó como embobado, con la boca abierta. ¡Cuidado si era bonito aquello! Hubo unos instantes de silencio absoluto; no se oía ni una mosca. Todas las figuras, inmóviles, parecían estatuas vivas. De pronto estalló la ovación, y el telón tuvo que alzarse varias veces.

Siguió la «Lección de baile», que fué otro éxito. Allí estaban Anita, Angelita y Pilar Fernández de Mesa y de Hoces y Luisita Alvear Sánchez Guerra (discípulas), Concha García de Rueda (pianista), Rafael Fernández de Córdoba (profesor) y Julio Albornoz. Más aplausos, más entusiasmo, y... ¡otro cuadro! Era este un «Balcón» de Goya, al que se habían asomado, para ver pasar una procesión, Esperanza Laguna, Pepita y Maruja Fernández Castillejo, Mercedes Gómez Pantoja, Anita Ripoll y Antoñita Menjibar, José de la Lastra, Manuel Alvarez de los Corrales, Joaquín López Tienda, Juan Navarro y Rafael y Fernando Fernández de Córdoba.

Vino luego «La toma de hábito», de una delicadeza extraordinaria. A mí me impresionó mucho. Y eso de que el teatro oliese en aquel instante á incienso, daba aún más la sensación de que aquello era verdad. Compusieron este cuadro Rosario Correa (abadesa), Conchita Rueda (novicia), Paquita Serrano Navas, Laura Fragero, Angelina Peiro, Pepita Ripoll, Pepita y Maruja Fernández Castillejo, Enriqueta Macpherson, Isabel Menéndez, Rasario Porras y Mercedes Gómez Pantoja (profesas y novicias).

¡Y cómo cambian de pronto en el teatro las cosas! ¿Quién había de decirnos que diez minutos después de una toma de hábito, habíamos de ver «La presentación de Mozart á madame Pompadour»? Pues, sí, señor; ¡y muy bien! A Rafaelita Hoces, que representaba á Mozart, acompañaron Isabel Albornoz (madame Pompadour), Anita Alcalá-Zamora, María L. López, Laura Fragero, María Fernández Castillejo, y Manuel Hoces, A. Huertas, Fernando Fernández de Córdoba, Antonio Monroy, A. Menjibar y Juan Navarro.

Y conste que se utilizaron en este cuadro ricos muebles de la época, auténticos.

Por último, se representaron: «A la sombra», cuadro muy poético de la vida campestre, interpretado por Isabel Albornoz Martel, Manuela Serrano Navas, Maruja Fresneda y Antonio Huertas; «La gallina ciega», reproducción del tapiz de Goya, por Isa-



La toma de Velo.

bel Albornoz, Rosario Correa, Amalita Montijano y Paz, Gutiérrez de los Ríos y los Sres. Monroy, Fernández de Córdoba (F. y R.), Lastra y Alvarez de los Corrales, y «La Buenaventura», por las señoritas Fernández Castillejo (P. y M.), Menjibar, Ripoll (P.), Correa, Africa Jurado, Gómez Pantoja y Laguna, y los Sres. Lastra, Alvarez de los Corrales y Fernández de Córdoba (R.)

Cada cuadro fué una ovación clamorosa. No cabe más acierto en los conjuntos y en los detalles.

El público no cesó de aplaudir é hizo al final un entusiasta homenaje de admiración á la condesa de Hornachuelos.

Todo se lo merece ella, porque ¡hay que ver todo lo que hizo para que la fiesta resultase así!

Yo, lo único que puedo decirle es que hasta lloré de contento.

¡Si hasta se me vuelven á saltar las lágrimas al recordarlo!

Bueno, señor... *Leon Boyd...*, ahí le envío eso. No puedo ni quiero seguir escribiendo. Saque las notas que quiera ó tirelas al cesto.

Pero, no deje de decir que la condesa de Hornachuelos es muy buena. Se lo pide

UNA CORDOBESA

P. D.—Ahora resulta que, al ir á ver el último número de su revista, lo abro, y... ¡paf! ¡Buena plancha! Junto al nombre de *Leon Boyd*, veo el de Enrique Casal como Director-Propietario. Se llama usted Enrique Casal. ¡Ahora me lo explico todo! Pues poco que he oído yo hablar en casa, de usted. Perdóneme, hijo, por la «coladura.» Ponga su nombre donde yo he puesto el mote—¿ve usted cómo *Leon Boyd* era el mote?—y todos tan contentos. Además se llama usted Enrique y eso para mí es... ¡Bueno! No he dicho nada. Por poco me escurro otra vez. Hasta otro día, Sr. D. Enrique Casal.



La muerte del cisne, por Nicolás Jordán de Urríes

A la monísima Carolina Bermejillo.

Oyese á lo lejos la triste sonata.
Por entre el ramaje
proyecta la luna sus rayos de plata.

Aparece un cisne, de niveo plumaje
y nítida albura.
Sólo la blancura
que ostenta por traje
la turba el color
de sus finos labios rojos escarlata,
sus negros cabellos
y sus ojos grandes, rasgados y bellos,
de un infinito y profundo negror.

Oyese á lo lejos la triste sonata
que aun hace más triste la triste penumbra;
la luna, celando tus ojos, no alumbraba
sus rayos de plata.

El cisne se yergue, más cae abatido,
el cisne vacila, el cisne está herido,
el cisne refleja profundo dolor;
que tal vez su herida
le fuera inferida
en cruenta batalla de amor.

Y el cisne se muere,
se muere y no quiere
morir,
ansía la vida,

curar de su herida,
gozar y reír.

Cruzar majestuoso
las aguas del lago,
en ellas hundiendo su cuello lustroso,
sentir el halago
de la vanidad,
mostrarse orgulloso,
mostrarse altanero,
y mostrarse fiero
de su majestad.

El cisne se yergue, más cae abatido,
el cisne vacila, el cisne está herido,
se siente morir;
y ansía la vida,
curar de su herida
y luego vivir.

La fuerza le falta...
su mirada que alta
tendía hacia el cielo,
ahora está en el suelo
impávida é inerte.

El cisne sacude su sopor.
¡¡Es que llega el estertor,
el estertor de la muerte!!
Se escucha á lo lejos

los lánguidos dejos
de la triste sonata.

Del cisne el plumaje,
por entre el ramaje,
alumbraba la luna con rayos de plata.

Trémulo se agita. Quiere levantarse,
las fuerzas le faltan y se queda yerto,
el cuello y el cuerpo tienden á juntarse.
El cisne está muerto.

Cesa la sonata.
La luna, no luce sus rayos de plata.
Las nubes, se agitan y rompen en llanto.
Se desencadena fiero vendaval.
Las aves, parece que tañen un canto,
parece que tañen canto funeral.
Las aguas del lago, se mecen furiosas;
las cañas erguidas, doblan su altivez;
el viento, inclemente, deshoja las rosas
que van á posarse del cisne á los pies;
que así en homenaje al cisne más bello
corona de rosas quisieron tejer,
y como sudario, gozosas con ello,
el cuerpo del cisne quieren envolver.

Y á ti, bello cisne de los negros ojos,
cisne como nunca volveré yo á ver,
á tus pies, rendido, postrado de hinojos
mis versos, cual rosas, te quiero ofrecer.

Nuestras creadoras de la moda.

T A C C O E N

TACCOEN no se conforma con ser una de nuestras más afamadas «lingère», una artista concienzuda, cuyo talento se renueva cada día, y una mujer activa é inteligente, siempre dispuesta á satisfacer cuantos deseos se antojen á su distinguida clientela. Oye hablar de una novedad en la moda parisina y presto se va á la Ciudad-Luz en busca de las últimas creaciones allí en boga. No repara en fatiga, en tiempo ni en gastos, para traernos aquellas frivolidades femeninas que tanto nos seducen luego. Por esto, en sus salones de la calle del Marqués de Cubas encontramos el fiel reflejo y la justa expresion de las modas reinantes. Los «trousseaux» admirables que ha confeccionado para las bodas más aristócratas de este año, y los que está preparando para las venideras, que serán tema apasionante de nuestras crónicas mundanas, prueban con gran elocuencia lo que estamos afirmando.

Las directoras de casas como la de Taccoen han transformado nuestro amado Madrid. Son ellas las que con un tacto exquisito y con una discreción experta, cambiaron nuestro gusto un poco anticuado y nos iniciaron poco á poco en los secretos de la moda extranjera, en sus encantos y en su seducción.

Bien lo saben mis lectoras; por esto no dejan de consultar á Taccoen para pedirle que ejecute para ellas aquellas prendas íntimas que fomentan la más amable coquetería.

Y como Taccoen es artista, no sabe sujetar su talento tan sólo á la creación de la «lingère», necesitaba un campo más amplio para desplegar sus dotes excepcionales. Por eso, sin duda, ha pensado ofrecernos sus primores en sombreros.

Igual da que traiga de París cada temporada una linda colección ó que salgan de sus talleres: todos son de un gusto refinado y de una elegancia verdadera.

Es natural que Taccoen se dedique ahora á hacer sombreros; con la ropa blan-

ca es el sombrero el adorno más sugestivo, porque en él una artista puede poner su alma, su expresión, su fantasía...

Deseaba informar detalladamente sobre la moda de los sombreros de esta primavera; por esto me fuí á casa de Taccoen como lo había hecho la otra semana cuando tenía que hablaros de la «lingère». ¿Quién mejor que ella podía ponerme en antecedentes?

Pronto me di cuenta, al ver su colección, que mi tarea no era realizable, por la sencilla razón de que no existe moda de sombrero; mejor dicho, porque hay tantas modas que es imposible describirlas. Cada sombrero tiene la suya propia y lleva un sello particular.

Esto es lógico, porque el «cha-



Elegantísimo tocado adornado de encaje negro; fondo y borde en paja de fantasía negra.



Sombrerito en paja fantasía brillante y picos verdes en paja.

peau» no es, por ejemplo, como una joya, que sienta bien á todas las mujeres, y que admiramos y codiciamos mejor por su valor intrínseco que por su belleza. El sombrero es el último toque, el toque definitivo en el conjunto de la armonía plástica de una mujer.

Merced á él ¡cuántas mujeres nos han seducido!

¡Y cuántas ilusiones se desvanecerían si no existiese el sombrero!

Más que con otra prenda cualquiera se identifica el sombrero con la ropa interior. Existe entre ellos una hermandad íntima. Ambos realzan ó atenúan directamente, sin necesidad de artefactos, los detalles de la naturaleza humana.

Pues bien, ya que quiero hablar de la colección de sombreros que Taccoen nos ha traído de París, ¿diré á mis lectoras que es elegantísima y muy á tono con las exigencias actuales? No. Esto es demasiado vulgar para describir tantas maravillas: á hacerlo debías ayudarme, lectora, tú que también fuiste á casa de Taccoen, puesto que sé cuál es tu gusto, ya que te vi elegir

aquel sombrerito tan original con su adorno de «ojetes de zapatos». Recuerdo muy bien que te gustaba también aquel otro de paja brillante llamada «Celophana» («le dernier cri á Paris»).

Y cuando, discretamente, me retiré del salón, estabas aún discutiendo si debías encargarte uno de tela encerada marrón para irte de viaje en auto. Comprendo en que apuro te hallabas. Tu deseo sería llevártelos todos. Es lo que ocurre cuando nos proponemos hacer una elección en esta simpática casa. Porque los modelos chiquitines, con sus ligeros velos caídos, que te aconsejaban para tus trajes «tailleurs», no desmerecían de los otros grandes enriquecidos por soberbios «spritts», complementos de las «toilettes du soir».

De paso, te diré, lectora, que ahora es muy «chic» llevar para cenas íntimas y para el teatro, con un traje descotado, un amplio sombrero. Pero mucho más «chic» será si el tocado lleva la firma de Taccoen.

En estas noches de los jueves del Circo—noches tan de moda y tan de exposición de tocados—, y en estas tardes de las Carreras de caballos, del Concurso hípico, del Tiro de pichón y del Real Club de la Puerta de Hierro, me he distraído ante el original espectáculo de las cabezas femeninas. ¡Cuánto lindo sombrero! Bien sabemos que la Primavera fué siempre estación propicia para exhibir sombreros primorosos. Pero lo que más llamó mi atención y más agradable efecto me produjo, fué que al preguntarles al oído á muchas de las damas y damitas, me dijeron:

—Fémina, eres una curiosilla; pero vamos á complacerte, ya que sabemos que te vas á alegrar. Sí, mujercita, sí; estos sombreros que tanto te gustan son de Taccoen, llevan la firma de Taccoen. Ya lo sabes.

No lo olvides, lectora..., no lo olvides...



Toque en paja brillante negra, con adornos de flores de «rafa» de color; fondo raso negro.

La admirable Institución de los talleres de Santa Rita

TALLER DE SANTA VICTORIA

Los talleres de caridad de Santa Rita forman una admirable Institución, á la que queremos ofrendar desde estas columnas—abiertas, como vais viendo, á toda idea y á todo esfuerzo generoso y noble—nuestra más firme simpatía. Y va tan ligada la existencia de estos talleres con la vida de tanta dama española, que no hemos vacilado en comenzar estas páginas, que Dios querrá que tengan una feliz continuación. La mujer y la caridad fueron unidas siempre. Y no es sino que la mujer y la caridad representan una misma cosa igual y distinta: amor.

A las pocas semanas de haber fallecido el ilustre padre Salvador Font, á cuyas iniciativas se debe la fundación de esta gran obra de caridad cristiana, ó sea, un 19 de Enero de 1909, quedó oficialmente constituido el taller de Santa Victoria, bajo la presidencia de la que suscribe. Era un encargo del inolvidable padre Font, y constituía algo así como su testamento. A juzgar por el crecido número de socias y socios protectores, es un taller que no ha experimentado los rigores de la infancia; se puede decir que nació lleno de robustez y de vida; en la actualidad no bajan de 110 los asociados.

Desde la muerte del padre Font, dirige esta obra benéfica el reverendo padre Bernardo Martínez, religioso agustino, como lo era su antecesor. La obra ha aumentado extraordinariamente desde 1909, hasta el punto de haber ya en Madrid 33 talleres, uno para cada parroquia, más otros tres destinados á los tuberculosos, á una de las salas del Hospital general, y á los niños de pecho ó recién nacidos. Son presidentas de estos talleres damas muy distinguidas por su nobleza, cultura y posición social.

La Junta de Consejo central la preside desde 1911 la excelentísima señora doña Carmen Barrenechea de Dato, de cuyas virtudes, actividad y celo son una prueba las repetidas veces que por unanimidad de votos fué reelegida para el cargo de presidenta general.

Nuestro taller tiene por objeto confeccionar ropas con que vestir al desnudo; visitamos, como se hace en los demás talleres, á los pobres que solicitan nuestro auxilio. Mensualmente se reparten las prendas cosidas ó las que se compran, como son las mantas, mantones, etc. El 23 de Diciembre, día de nuestra Patrona, el reparto es especial, y á él asisten todas las asociadas y los pobres por los cuales tienen particular interés.

Nuestra parroquia es la del Purísimo Corazón de María, cuyos pobres son el patrimonio de este taller, pero facilitamos, además, distintas prendas de abrigo, de higiene é interior al Patronato de enfermos, al Comité femenino de higiene popular y á las cunas del Niño Jesús.

El taller se sostiene y vive de las limosnas ó contribuciones voluntarias que facilitan los asociados; no se les señala cuota fija, sino que dan lo que bien les parece. Nos reunimos en casa de la presidenta todos los meses, y dedicamos un par de horas á la costura; más como esto no basta, á cada socia se le entrega la labor que ha de coser privadamente. El reverendo padre Bernardo, como director, ó la se-



Ved cómo estas lindas damitas hacen algo más que bailar: cosen para los pobres.



Doña Isabel Belío de Lamarca, secretaria general de la Institución y presidenta del taller de Santa Victoria. Fot. Kaulak.

ñora de Dato, como presidenta general, visitan estas reuniones mensuales, y se les da cuenta de las prendas confeccionadas, pobres socorridos durante el mes, cantidades recaudadas y los gastos que se han hecho en la adquisición de telas, etc. Tanto el director como la señora presidenta general, hacen las observaciones que estiman convenientes, y procuran infundir alientos y animar á las socias á que no desmayen ni se desanimen por los obstáculos que hayan de vencer.

Tales visitas resultan muy beneficiosas y contribuyen notablemente al sostenimiento y al desarrollo progresivo de toda la Asociación. La secretaria levanta el acta de lo que se hace y advierte en cada junta ó reunión, aun cuando la generalidad y el desprendimiento de las socias, lo mismo que de los socios protectores, son dignos de los más sinceros aplausos; pero como el barrio de las Peñuelas es tan pobre, necesitamos acudir á distintos medios para procurar nuevos recursos, y uno de estos medios suele ser el beneficio anual que protege con noble y decidido desprendimiento su A. R. la Infanta doña Isabel de Borbón.

Y ya que del beneficio anual hablamos, quiero hacer constar mi profundo agradecimiento, primero al Club Parisiana, el que, capitaneado por el generoso y altruista Carlos Revenga, no regatea gastos para que la fiesta salga más lucida, siendo el primero que, como digo, nos ayuda moral y materialmente. A las casas Peele, que mandó de sus productos un donativo de 200 pesetas, que las muchachas se disputaban los lotes; á la Muñeca Parisiën, que regaló un precioso vestido, prometiéndonos otro para este año; á la fábrica Pagés, que á más de confeccionar lindamente las muñecas que regalaban, nos enviaron una de regalo que fué muy deseada. Los sobrinos de Angel Caso, nos proporcionaron cuantas piezas de cinta necesitamos; la casa Las Columnas nos regaló un precioso trusó para novia, y todas las señoras, señoritas y protectores hicieron espléndidos regalos á la tómbola, quedando la Junta del Taller encantada de tanta amabilidad.

Esta benéfica Asociación espera ser auxiliada en su misión altamente laudable por todas las clases de la sociedad, y aunque confía en ello se complace en invitarlas á que contribuyan á consolar y disminuir la pobreza, á enjugar el llanto de los que carecen de abrigo y de alimento y á hacer innecesaria la intervención de la autoridad, que empieza siempre con decidido impulso y á los pocos días se ve precisada á desistir de su cristiano propósito por falta de elementos y por exceso de desconfianza en el vecindario, el cual, habiendo visto defraudadas sus esperanzas por la aglomeración de mendigos en la vía pública, ha vuelto la espalda á los Poderes públicos y ha ejercido personal y directamente, y no siempre con acierto, la caridad. Y decimos que no siempre con acierto, por ser difícilísimo distinguir, entre los que piden limosna, cuál es el verdadero menesteroso y cuál el que, tomando la mendicidad por oficio, se finje más desvalido y desamparado de lo que es en realidad.

He aquí, en resumen, lo que es el taller de Santa Victoria, análogo á los demás talleres de Santa Rita, existentes en Madrid y en otras poblaciones de España y del extranjero. Su organización y fines demuestran que las señoras no rehusan compenetrarse con el dolor, ni atender á las necesidades del pobre; será una de las obras benéficas mejor organizadas entre las muchas que existen en Madrid; no sólo cubre la desnudez del cuerpo, sino también la del espíritu, recogiendo bastantes niños del arroyo, como lo indican las primeras comuniones de Mayo.

ISABEL BELÍO DE LAMARCA
Secretaria general.



Y las madres, que predicán con el ejemplo, dedican también cierto tiempo del día á procurar ropas á los necesitados. Fot. Marín y Ortiz.

Honras de España e Las bodegas de Domecq



¿QUIÉN no ha oído hablar, en España y fuera de ella, del vino de Domecq? En el extranjero, pedir una copa de vino ó de coñac de esta marca, es tan corriente como desear la bebida local más selecta.

Un jerezano viejo, muy enterado de la historia de la casa y de otros muchos detalles, me refería cómo estas bodegas, de fama mundial, fueron fundadas, allá por los años de 1730, por don Pedro Domecq Loustan.

—Son las más antiguas bodegas de Jerez—me decía mi interlocutor— y tienen el mayor almacenado de vinos. ¡Con decirle que son propietarios de las dos terceras partes del «pago» de Macharnudo!

Con estas razones, mi curiosidad crecía. Cuando me despedí del viejo, éste me dijo:

—Ya me hablará usted cuando salga, ya. Y acaso yo pueda agregarle algo que no le haya dicho don José. Yo le espero aquí mismo.

Entré, en efecto, en las bodegas; pregunté por D. José Domecq, y me llevaron á su despacho particular, situado en el «patio del Sagrado Corazón». Rodeado del alto personal de la casa, despachaba con cada servidor los asuntos respectivos. Al verme, se apresuró á saludarme. Y mientras que iba resolviendo las cuestiones que se presentaban, yo me dediqué á curiosear el despacho.

En cuanto D. José Domecq tuvo cinco minutos libres, acudió á nuestro lado y nos acompañó á las bodegas. Confieso que la impresión que éstas nos produjeron fué de anonadamiento. Aquellas naves, aquellos departamentos de proporciones insospechadas, dan la sensación de estar en un palacio de un reino encantado. La bodega de La Luz, donde en Marzo de 1915 fué ofrecido un te á los Reyes; las cuevas del Gran Vin; los departamentos para el embotellado y el almacenado del coñac; la bodega «El Molino»; la puerta y el patio del Sagrado Corazón; el cuarto de muestras de referencia; la sala de pruebas; la bodega «La Tribuna»; el «Trabajadero de la casa»; el rincón de la bodega de vinos viejísimos—Wellington, Pitt, Fernando VII, María Luisa Fernanda, Ruskin, George IV y otros muchos—, todo lo que vi, en suma, me hizo perder la noción de la realidad y permanecer embozado no sé cuánto tiempo.

Yo le hubiese preguntado á mi ilustre acompañante mil cosas relacionadas con las bodegas, pero el temor á que, por modestia, me ocultara detalles interesantes, me hizo tener paciencia. Aprovechando luego una breve ausencia de aquél, interrogué á varios altos y humildes servidores, y con sus referencias completé mis noticias:

La casa Domecq es, en efecto, la que posee hoy los vinos más finos de Jerez. También es la primera

casa exportadora de España. Entre vinos y coñac tiene almacenados 15.000 litros. Las bodegas emplean unos 500 operarios, y en las viñas de Macharnudo y en el campo trabajan unos 400.

El jefe de la casa es el marqués de Casa Domecq, gentilhombre de Cámara de S. M., con ejercicio, caballero de la Orden de Calatrava y poseedor de la Gran Cruz de Isabel la Católica. Dueños, con él, de la casa, son sus hermanos D. José Domecq, caballero de Calatrava; D. Manuel y D. Juan Pedro Domecq, también caballeros de Calatrava, y la condesa de Puerto Hermoso, marquesa de Arienzo.

Madre de todos ellos es una noble y anciana señora, cuyo nombre pronuncian con emoción y respeto los labios de cuantos conviven en casa de Do-

Alteza el Maharajá Scindia de Givalior (India inglesa).

Completadas estas noticias, un detalle llamó mi atención: en dos toneles, uno de «Fundador» y otro de «Oloroso», de 1874, leí las firmas autógrafas del Rey Don Alfonso y de la Reina Doña Victoria. Pregunté. Son recuerdos de dos visitas de nuestros Reyes.

«El 10 de Mayo de 1904, S. M. el Rey Don Alfonso XIII honró con su visita las bodegas de la casa «Pedro Domecq y Compañía», y al presentarle el primer coñac destilado por D. Pedro Domecq y Loustan, primer coñac destilado en España, el excelentísimo señor marqués de Casa Domecq, su hijo mayor, suplicó á S. M. un testimonio á la memoria de su padre, que con inteligente y honroso trabajo había así arrancado á Francia, en beneficio de España, el monopolio que de la industria de coñac venía disfrutando. Su Majestad el Rey accedió graciosamente y, tomando el portatiza que le fué presentado, firmó su augustó nombre en el fondo del tonel, como regio homenaje, consagrando así esta obra tan beneficiosa para la nación.»

De aquella visita de Su Majestad, guarda imborrables recuerdos la familia Domecq; como de aquella otra que en 1915 hicieron los Reyes, durante la cual nuestra Soberana escribió también su nombre en el fondo de otro tonel. Los elogios que los Monarcas españoles tributaron entonces á los famosos vinos y á sus ilustres propietarios tuvieron, por su justeza, una importancia difícil de reflejar en la crónica que nos ocupa.

Cuando al cabo de algunas horas de permanecer en aquel palacio encantado nos despedíamos de D. José Domecq, y volvíamos á cruzar aquellas naves y el inmenso parque que se extiende ante las bodegas, pensábamos que no hay nada más hermoso en esta vida que aquello que se consigue con un esfuerzo propio y una existencia honrada. Y así, estos ilustres aristócratas, que son elogiados y admirados por los Reyes y por los poderosos, cuentan también con el entusiasta afecto de los humildes.

—¿Qué le ha parecido?—me dijo el viejecito que, esperándome, había quedado á la puerta.

—¡Asombroso!—le contesté.

—¿Son grandes las bodegas, verdad?

—¡Enormes!

—Pues más grande es el corazón de D. José. Y el de cada uno de esa bendita familia.

Y en los ojillos, claros y vivarachos del anciano, brillaron dos lágrimas, como dos gotas de luz.

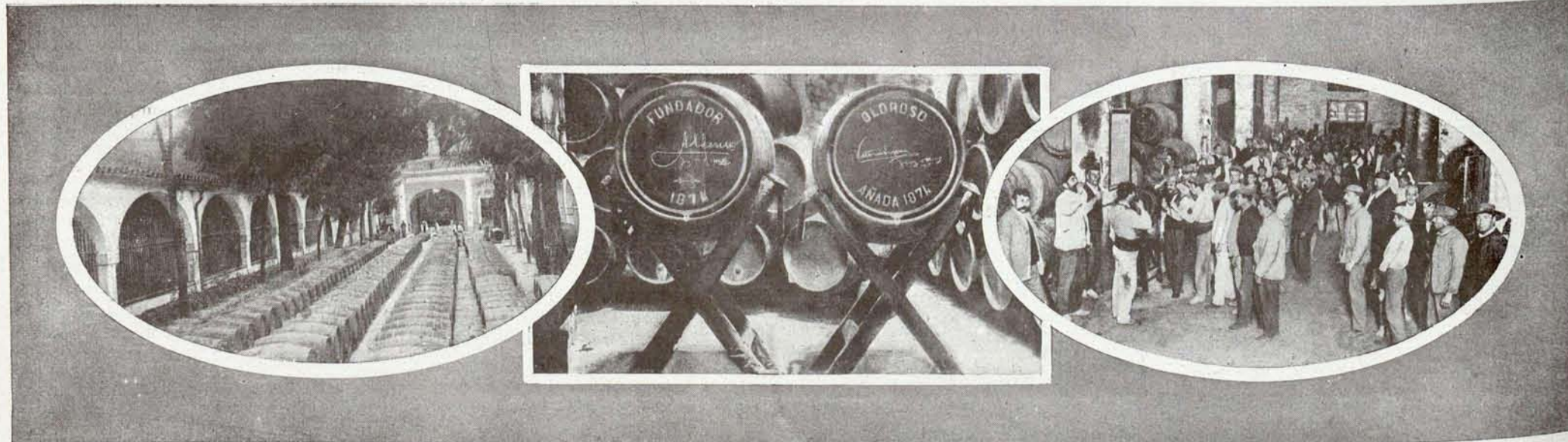
CONDE DE VIGNIER



La Reina Victoria acompañada del marqués de Casa-Domecq, visitando las bodegas.

meq; Doña Carmen Núñez de Villavicencio, esposa de aquel ejemplar caballero que se llamó D. Pedro Domecq y Loustan, que ha cumplido ya los ochenta años y tiene la satisfacción de verse rodeada por el amor entrañable de sus hijos y el cariño y el respeto de todo Jerez.

En cuanto al jefe de la casa, el marqués de Casa Domecq, es de sobra conocido por sus cualidades inmejorables, para que haya necesidad de presentarlo. Posee cuantiosos bienes, tierras de labores, olivares, que producen los más finos aceites de Andalucía, y una ganadería caballar inapreciable por su valor. Admirados de todos los inteligentes son sus caballos de raza árabe andaluza. En la Exposición Olympia, de Londres, adonde llevó algunos ejemplares, le fueron premiados dos: «Príncipe III» y «Alhá II». Este fué el primer caballo español vendido, como semental, en Inglaterra, después de un siglo. Como consecuencia de estos triunfos, vendió el marqués de Casa Domecq, también como sementales, en 2.000 libras esterlinas, dos caballos á Su



Patio con mercancías dispuestas para el embarque.

Toneles con las firmas autógrafas de SS. MM., honrosa gracia concedida á la casa.

El personal obrero bebiendo el vino que se le ofrece cuatro veces al día.

Mundo Mundillo...

BODAS celebradas y bodas en proyecto. Felicidad presente y dicha futura. Y mucha ilusión y muchas promesas en todas partes. Comencemos por dar cuenta de las próximas bodas, haciendo, ante todo, constar lo mucho que nos alegramos de ellas.

La condesa de Casares ha pedido para su hijo, el joven oficial de la Escolta Real conde de Belabayar, nieto de los anteriores condes de Toreno, la mano de la bella señorita D.^a María del Carmen Carvajal de la Alcázar, actual poseedora de los títulos de y del Alcázar, actual poseedora de los títulos de duquesa de Abrantes y de Linares, marquesa del Duero, de Sardoal y de Revilla, y condesa de Candelada y de Lences, tres veces grande de España.

También se han celebrado las siguientes peticiones de mano: por los condes de Torroella de Montgrí, y para su primogénito, D. Joaquín Robert y Corri, y para la señorita Mercedes Rocamora; para el joven marqués de Vallgornera, la de la señorita Guadalupe de Bofarull; para D. José María Melgarejo, por su madre, la condesa del Valle de San Juan, la de la señorita Rosario Roca de Togores y Tordesillas, hija de los marqueses de Peñafiel; para el teniente de infantería D. Felipe Cabezas y Dabán, la de la señorita Carmen de San Simón, hija de los condes del mismo nombre; para el joven abogado D. José María de Castro, la de la señorita María Luisa Guardamino; para el mayordomo de semana de Su Majestad D. Manuel Solar de Alarcón, la de la bella hija de los marqueses de Romero de Toro, y para el joven abogado D. Clemente Velarde, la de la señorita Chun Silió, hija del ex ministro D. César.

En París ha sido también pedida la mano de la señorita Isabel Angulo y Sánchez de Movellán, hija de los marqueses de Caviedes, para D. Carlos García Ogara.

* * *

Si nos preguntaran que cuál es el mejor obsequio á una dama, les diríamos que una joya.

Si nos preguntaran que quién las tiene más bonitas, les diríamos que Sanz (hijo), Peligros, 14.

* * *

Otro enlace que se anuncia.

En Junio se efectuará el de la bella señorita Leonor Finat y Rojas, con D. Juan José de Rojas y Vicente. La novia es la mayor de las hijas de la malograda marquesa de Carvajal y de D. Hipólito Finat. El novio es hijo de los difuntos condes de Montarco.

* * *

Aun sabemos de otra boda en proyecto.

Carmencita Pérez se casa. Ya sabéis quién es. La admiráis como mujercita gentil y de lindo palmito y como artista excepcional en el piano. Es una maravilla. Y como lo ha pulsado muchas veces en salones aristocráticos y ha escuchado regios aplausos, su nombre os es familiar.

Pues esta Carmencita Pérez se nos casa. Su mano, esa mano nacarada que corre y aletea sobre el teclado, ha sido pedida para otro artista joven y brillante: Domingo Taltavull, un gran concertista también y primer violoncello de la orquesta Filarmónica y del Cuarteto Español. Se casarán, serán muy felices y... ¡para qué pensar en otras cosas!

Hasta ahora—como nos dice Carmencita—hay mucha miel y... esperamos que dure.

Y durará, durará—pensamos nosotros—, porque tienen el panal en casa.

* * *

Y vamos con las bodas ya celebradas. En Sevilla—en esa población deliciosa—, en la iglesia de San Vicente y ante el altar de Nuestra Señora del Rosario, rebosante de flores y de luces, contrajeron matrimonio la gentil señorita María de la Concepción Atienza y Benjumea, hija de los marqueses de Salvatierra y de Paradas, con D. Ignacio de Ibarra y Menchacatorre, hermano de los condes de Ibarra. El cura de San Nicolás dió la bendición y pronunció una plática muy sentida. Fueron testigos, por parte de la señorita de Atienza, el conde de Montelirio, D. Mi-

guel Gómez de la Cortina, el marqués de Valencina y D. Pablo Benjumea, y por el novio, D. Ramón de Ibarra González, D. José María y D. Nicolás de Ibarra y Gómez y don Tomás de Ibarra y Lasso de la Vega.

Después, en el domicilio de los marqueses de Salvatierra, se celebró un espléndido almuerzo. Los nuevos esposos marcharon en automóvil á Algeciras, donde pasarán los primeros días de su luna de miel.

* * *

De una novia á su novio:

—Mira, cuando nos casemos, yo quiero que los dulces de la boda sean de *La Duquesita* (Fernando VI, 2) y vayan en esos sortijeros de alabastro que *La Duquesita* ha puesto de moda.

* * *

De Sevilla á Valencia. Y en Valencia—en su iglesia metropolitana—, se celebró el enlace de la encantadora señorita Elisa Martínez Pardo, con don Carlos Sánchez Cutillas.

Fueron padrinos D. Francisco Martínez y Martínez, padre de la novia, y la hermana del novio, doña Elvira Sánchez, viuda de Chatelain; bendiciendo la unión el arcediano D. José Beneyto, pariente de la desposada.

Firmaron el acta como testigos, por parte de la novia, D. Nicolás Jiménez, el general Fontán, don Juan José Pardo y D. Francisco Martí, y por parte del novio, el conde de Castillo Fiel, D. Ismael González Solesio, D. Francisco Londes y D. Miguel García Martínez.

Sean los nuevos esposos muy felices.

* * *

De Valencia á Guipúzcoa. Allí, en el pintoresco pueblecito de Lasarte, fué turbada la paz pueblerina con un acontecimiento solemne: una boda!

Y los que se casaron fueron la encantadora señorita María Luisa Brunet y Serrano y el joven don Alberto Santamarina y Carranza, perteneciente á distinguida familia zaragozana.

* * *

Tres noticias gratas. ¡Con qué satisfacción las acogemos!

El Rey ha agraciado con la banda de dama noble de la Orden de María Luisa á la distinguida señora doña Dolores de Carles y de Ferrer, condesa de Torroella de Montgrí. También S. M. ha concedido la Encomienda de Alfonso XII—tan preciada—al senador D. José Antonio Ubierna, hombre joven, culto y trabajador. ¡Enhorabuena!

Ha sido nombrada vocal del Instituto de Reformas Sociales, en la vacante que dejó la buena condesa de San Rafael, la caritativa señora doña Ignacia de Egaña, marquesa de Rafal. No puede ser más acertado el nombramiento.

* * *

El Gobierno del Rey ha concedido la Gran Cruz de Isabel la Católica al marqués de Algara de Gres, actual gobernador de Zaragoza, por su acertadísima gestión al frente del gobierno de Murcia, en momentos difíciles.

Tan merecida distinción—que, al contrario de otras, sabemos á qué obedece—da motivo á que el marqués condecorado reciba muchas felicitaciones.

* * *

No olviden ustedes que estamos en Primavera, que es la época de las flores y que las más bonitas son las que vende José Abajo, Montera, 40.



Notas de pésame

GA Marina y el Ejército de España están de duelo. Han visto morir á varios de sus más ilustres representantes; á aquellos que supieron exponer muchas veces su vida por la patria, dándole constantemente pruebas de valor, de inteligencia y de lealtad.

Dos han sido las pérdidas de la Marina. Y, en cuestión de ocho días, hemos visto desaparecer á un ilustre almirante y al capitán general de la Armada.

El almirante D. Augusto Miranda había ido á un sanatorio de Galicia en busca de la salud perdida. Los esfuerzos de los médicos fueron inútiles, y el insigne marino falleció después de varios días de lucha desesperada. Era una de las figuras más sobresalientes de nuestra Armada. Nombrado ministro por el Sr. Dato, continuó desempeñando la cartera con otros Gobiernos, por considerarse sus servicios utilísimos. Ultimamente, volvió á ser ministro en el Gobierno Nacional, cuando el Sr. Pidal dimitió. Hombre de ciencia, era autor de importantes trabajos; hombre de espíritu amplio y gran talento, procuró extraordinarios beneficios al país. Su muerte ha sido sentidísima.

El capitán general de la Armada D. José Pidal y Rebollo no era menos querido y apreciado. Persona muy sencilla y muy leal, fué también, por dos veces, ministro de Marina, llegando al primer puesto de su carrera entre el respeto y la simpatía de compañeros y subordinados.

A las familias de ambos ilustres generales de la Armada enviamos nuestro pésame más cariñoso.

En cuanto al Ejército, ha experimentado otra pérdida muy sensible. ¿Quién no se acuerda de aquel famoso comandante Cirujeda, que en la guerra de Cuba de 1897 dió muerte al cabecilla Maceo? Ahora, ya general de división, ha fallecido rodeado del afecto de los suyos y del respeto y la admiración de cuantos le trataron.

Había nacido el general Cirujeda en Mogente (Valencia) en 1853.

Durante la guerra carlista fué herido en Galdames, y siendo alférez de las milicias provinciales en 1875 tomó parte en el sitio de Miravet y rendición de Cantavieja, hechos de armas que le valieron el ascenso á teniente, pues fué nuevamente herido.

Ascendió á capitán en la campaña de Cuba de 1876, pasó como profesor al Colegio de Huérfanos de Getafe y más tarde á la Academia de Infantería. Después fué gobernador de Ilo-Ilo (Filipinas) y más tarde volvió á Cuba.

Por la acción de Punta Brava, en la que murió Maceo, obtuvo el doble ascenso de comandante á coronel.

Al regresar á la Península formó parte del Cuarto Militar de la Reina Cristina y luego del Rey, hasta su ascenso á general de brigada.

Promovido á general de división, desempeñó el cargo de gobernador militar de Pamplona.

En la actualidad era Consejero del Tribunal Supremo.

Con verdadero fervor nos descubrimos reverentes ante la tumba del ilustre soldado.

* * *

A los noventa y seis años ha muerto en Francia la ilustre baronesa de Girardot, viuda del barón Augusto Teodoro de Girardot, famoso prefecto francés que en tiempos del Rey Luis Felipe fué encargado de vigilar al pretendiente español D. Carlos en Bourges, y lo hizo con tal celo y discreción, que el Gobierno español le otorgó la encomienda de Carlos III.

Herederos de la ilustre señora ahora fallecida es el actual barón Luis de Girardot.

* * *

El capitán general marqués de Tenerife pasa por la pena de haber visto morir á su esposa, la ilustre señora doña María Teresa de Santacana y Borgallo.

Desde hacía años padecía la marquesa de Tenerife grave é incurable enfermedad.

Al ilustre general Weyler y á sus hijos, doña María, D. Fernando, D. Antonio y don Valeriano, expresamos nuestro pésame más sentido.

EL COMEDOR

El salón está pletórico de invitados. Se oyen por todas partes conversaciones animadas. Se habla de todo, se discute de todo... Hay comentarios para cuantos sucesos de actualidad invitan á hacerlo. Y las palabras y las risas animan la estancia abigarrada.

Interrumpe la algarabía gentil y galante la voz de un criado que anuncia con voz fuerte y sonora, de hombre que conoce y aprecia sus méritos propios y que sabe comportarse como es debido.

—Señora: La comida está servida.

Las palabras de este hombre nos hacen mirar para apreciarle bien. Es alto y gallardo, vestido como un perfecto «gentleman». Parece un invitado más. Nadie creería que es un criado. Su tipo nos recuerda al actor de moda que aplaudimos todas las noches.

Comienzan los invitados a desfilar. Ya no van del brazo como en época no lejana. Afortunadamente, esta costumbre, que se nos antoja de pésimo gusto, va desapareciendo. Y decimos que por fortuna porque nos parece ridículo el paso al comedor aparejados y como en rebaño, que á esto se semejaban tales comitivas. Es harto prosaica la función de comer y conviene rodearla de muchos artificios para embellecer y espiritualizar tal necesidad.

Y pasamos al comedor charlando con nuestra vecina, á la que debemos dar el trato superficial ó afectuoso que nuestra confianza nos permita. Seguimos hablando con ella y penetraremos alegres, felices... Comenzamos á saborear de antemano los agradables y deliciosos manjares que nuestro anfitrión nos ofrecerá.

Como somos muy curiosos é indiscretos dirigimos una mirada investigadora á nuestro alrededor para apreciar el aspecto y aquilatar los detalles de esta habitación, donde vamos á dejar transcurrir una hora agradable y en donde daremos calma á nuestros apetitos golosos.

La estancia es amplia y de techo alto; su estilo es sencillo y discreto. Se advierte en seguida que los dueños de esta casa tienen gustos refinados. Claro está que no pueden caer en la vulgaridad de ostentarla repleta de objetos de plata, demasiado vistosos, que revelan un prurito ridículo de «epatar»

á los amigos. Sólo algunos trabajos de orfebrería artística nos dejan suponer y adivinar las admirables joyas que encerrarán las arcas de madera, esculpidas en los siglos de oro, que amueblan la habitación al estilo español del Renacimiento. Son muebles del siglo XVI cuya riqueza principal estaba en preciosas maderas finamente trabajadas.

No hay alfombras en el suelo, porque ya los dueños se han convencido de que son antihigiénicas y porque se ensucian fácilmente y pierden pronto su bella vistosidad. Esta parte de la casa, sin parecerlo, es la más elegante dentro de su sencillez.

Ya hemos dicho que faltan las alfombras. Pero sí hay, en los cuatro lados de la mesa,

al encontrarme en este comedor, el recuerdo del de una bella artista de la comedia francesa, Mlle. C. S., frecuentado por el difunto Rey de Inglaterra Eduardo VII, cuando aun era el galante príncipe de Gales.

Era de estilo Regencia, con las paredes cubiertas de «panneaux de laques» chinos y de un matiz rojo apagado. El fondo de la habitación estaba tapado con un mármol verde. En su centro, una monumental fuente de porcelana de «vieux Rouen». No había muebles; sólo consolas de pies lujosos y cubiertas de mármol. Sobre ellas estaban dos magníficos «surtout» de plata maciza.

Alrededor de la mesa encontrábamos sillones en lugar de sillas. Eran de la misma época y forrados de tela azul pálido.

La luz de las ventanas estaba amortiguada porque se tamizaba á través de espesos «stores» de encajes de Brujas.

Las ventanas tenían un marco cintrado de madera, detrás del cual se encubrían pesadas cortinas de terciopelo de Venecia.

La artista que era dueña de tan coquetón comedor no poseía, precisamente, todas las galas de la primera juventud y gustaba de conservar su antigua fama de belleza. Por eso, del techo no colgaban arañas luminosas, porque estas descubren demasiado los estragos de la edad. Pero realzaba

la belleza del comedor una cornisa iluminada, y encima de la mesa, por si fuera escasa la luz, había también dos candelabros de «vermeil», cuyas bujías se velaban por tulipas formando flores.

El suelo lo tenía cubierto de baldosines que figuraban grandes cuadros blancos y rosas, tapados en parte por pieles de leopardo. Pero dejaremos los recuerdos porque hay cosas imposibles de describir.

Estamos ahora en el comedor de nuestra amiga y sólo pensamos en los placeres de la mesa. Hay un gran silencio. Parece que cumplimos un sagrado deber y no nos atrevemos á turbar la dulce tranquilidad de la estancia.

Pensamos en que sería muy triste que los médicos inventaran drogas para no comer. Perderíamos el encanto de estos actos y la vida, automatizada mecánicamente, nos sería insoportable....

En nuestro próximo artículo nos ocuparemos de cómo se debe adornar una mesa.

Granos, herpes, sarpullidos y demás enfermedades cutáneas, se evitan y curan con el uso del Jabon SALES de ARCHENA

Elaborado por "floralia" creadora de los productos FLORES DEL CAMPO

formando un alegre marco, estrechas y largas carpetas de Oriente cuyos ricos coloridos armonizan con la exuberancia de los pueblos de Levante, llenos de poesía y de belleza.

Las paredes no las vemos cubiertas de sedas. Estas costosas telas se reservan para otras habitaciones. Están disimuladas con un magnífico cuero de Córdoba de fondo oscuro y realzado por caprichosas hojas de acanto, color de oro viejo.

Anímanlas de trecho en trecho platos y azulejos. El centro lo ocupa una magnífica tabla, un tríptico admirable de un genial artista, verdadero mago de la pintura primitiva.

Formando esquina hay un buen tapiz, que representa una batalla ó un episodio glorioso de nuestra Historia. ¡Qué bien y con cuánto gusto y placer aprenderíamos las asignaturas si las frías y antipáticas escuelas estuviesen alegradas por estos cuadros soberbios de seda y de oro!

Aunque completamente distinto de estilo y de ambiente, viene ahora á mi memoria,

ORO VIEJO

CUADRO DE COSTUMBRES VERÍDICAS. EN DOS ACTOS
POR LA

SRA. MARQUESA VIUDA DE CASTELLANOS Y DE MONROY

(CONCLUSION)

MARQUESA.—¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Haremos como en otras ocasiones... perdonarles media renta o toda, porque, gracias a Dios, había sobrante para los gastos de la vida y amparar a nuestros colonos. Ahora, con los estragos de la guerra, nuestras casas han quedado temblando y esos pícaros franceses han robado cuanto han podido, y como era un deber de todo español defender la Patria, las casas han quedado abandonadas, pues lo primero era lo otro.

MÉDICO.—Creo que la casa de Salamanca de vucencia, la hicieron hospital de sangre, y que en Santo Domingo robaron todos los tapices que había traído el Duque de Alba... y ¡no es eso lo peor, sino todos los males que no teníamos y que nos los han dejado vinculados!... ¡vamos! ¡que ha sido una calamidad!...

MARQUESA.—Yo tuve que trasladarme a este pueblo y traer el archivo, pues me cogieron la casa y Dios sabe cuándo volveré a habitarla.

DON IGNACIO.—Pues a mi buen amigo el señor de Trespacios le llevaron de las paneras del palacio de Tejares ocho mil fanegas de grano y a la hortelana que guardaba la casa, a poco la matan contra la puerta del puente que era de hierro, pues les habían dado soplo y robaron la vajilla de plata que había venido de Méjico, y doscientos pares de medias de seda del señor don Cosme. En fin, que tuvimos una plaga, y gracias a Dios que no nos dominaron. Ahí están los Arapiques que pueden contarlo.

(Se oye la campana del Angelus. Se levantan todos y el señor Cura y todos lo rezan; al terminar, se sientan y dice el señor Cura.)

DON IGNACIO.—¡Santas y buenas tardes nos dé Dios!

MARQUESA.—Esta tarde, como domingo, ¿habrá el consabido baile de tamboril?

DON IGNACIO.—Sí, señora, presidido por mí, hasta el toque de oraciones que mando callar y las rezamos todos. Los mozos ven el lucero apea yeguas y las cabrillas, señal de ir a recoger la hacienda, y las mozas se van por otra calle, como les tengo mandado, a disponer la cena.

(Entra Jaro con el correo que entrega a la marquesa.)

MARQUESA.—Con permiso de ustedes voy a ver que noticias hay de mi hijo. (Dirigiéndose a Jaro.) Avisa a don Angel que venga a leer el correo.

MÉDICO.—Usted lo tiene, señora, pero si usted da permiso, vamos a retirarnos, pues se acerca la hora de comer.

(Vase Jaro.)
DON IGNACIO.—Yo también voy con su permiso, a ver si me dan la puchera, porque como tarde de baile, adelantaremos el toque del santo Rosario; así que, hasta mañana, señora; beso a usted los pies.

MARQUESA.—Hasta mañana, don Ignacio, si Dios quiere.

MÉDICO.—A sus órdenes, señora, hasta mañana.

MARQUESA.—Adiós, don Saturnino.

(Vanse ambos.)
DON ANGEL (desde la puerta).—¿Da usted su permiso?

MARQUESA.—¡Adelante, don Angel!

ESCENA III

MARQUESA.—¡Vamos a ver qué noticias tenemos del señorito. (Registrando las cartas) ¡Calla! Aquí hay una carta de Salamanca. ¿De quién será? A ver, vea usted la firma.

DON ANGEL (leyendo).—Francisco de Trespacios.

MARQUESA.—¡Ay! ¿le ocurre algo?... Estos señores son como hermanos míos, y desde que tuve la desgracia de quedar viuda y haber perdido a mi primer hijo Gaspar (que por cierto murió en brazos de mi querida amiga doña Margarita). Pepe, que quedó de cuatro años, quiere a don Francisco como a un padre, y a Dionisita como a una hermana; pero, dígame, don Angel, ocurre algo malo?

DON ANGEL.—Sí, señora, por desgracia hay una mala noticia.

MARQUESA.—¡Ay! ¡Virgen Santísima de la Salud! ¿qué ocurre?...

DON ANGEL.—Pues, ¡nada! Que se ha desarrollado el cólera morbo asiático en Salamanca y estos señores consultan a vucencia, dada la unión que reina entre ambas familias, qué determinación se toma; que ellos han pensado en irse a la Peña de Francia con los padres de vucencia y la madre del señor Marqués (que en paz descansa), doña Ana de Mendoza y el poeta don Nicasio Gallego.

MARQUESA.—Sí, sí, voy corriendo a disponerlo todo; que avisen a don Saturnino, y usted don Angel, mande un propio a Juarros, que traigan el señorito, pues tenemos que emigrar, y preparen el coche y las mulas para irnos a Salamanca, a casa de mis padres, y desde allí partiremos con estos buenos amigos, y lo que sea de uno será de otros.

(Se oyen golpecitos a la puerta y la voz del médico que dice.)

MÉDICO.—¡Ave María Purísima!

DON ANGEL.—¡Adelante! ¡Sin pecado concebida!

ESCENA V

MÉDICO.—¿Qué ocurre?

MARQUESA.—Nada, señor don Saturnino, nada. ¡Una friolera!, que se ha desarrollado el cólera en Salamanca, y estos amigos me proponen si quiero irme con ellos, pues que van también mis padres, a reunirnos todos bajo la protección de la Virgen de la Peña de Francia. ¿Qué le parece a usted el sitio?

MÉDICO.—¡Oh, excelente! Yo estuve de médico en Sequeros y lo conozco. Estarán ustedes en la hospedería de los frailes, y para el cólera, el refrán es el mejor consejo: Ir pronto, marchar muy lejos y volver muy tarde. Siento no acompañar a vucencia, pero si me necesitasen para algo, ya saben que aquí tienen un servidor.

MARQUESA.—¡Gracias, don Saturnino, gracias! ¡Alabado sea Dios, y sea lo que El quiera!

DON IGNACIO.—(Llamando a la puerta.)—¿Dan ustedes permiso?...

MARQUESA.—Pase usted, señor cura, pase.

ESCENA VI

DON IGNACIO.—Pero ¿qué ocurre, señora, qué ocurre? Me acaban de decir que se ha desarrollado el cólera morbo asiático y que se marcha vucencia. ¡Y decían que los frailes habían envenenado las fuentes! Este es un azote que Dios nos manda. ¡No fué flojo el primero con los francesitos! En fin, Dios se apiade de nosotros. Mañana empezarán las rogativas públicas pidiéndoselo al Todopoderoso.

MARQUESA.—Don Angel, tiene usted que dar aceite para que arda una lámpara constante en la ermita de Nuestra Señora del Socorro, hasta que yo vuelva, y pan a los pobres todas las semanas; y usted, señor don Ignacio, celebrará una misa todas las semanas; socorrerá usted, en mi nombre, a los enfermos pobres, y pidan ustedes a Dios que nos libre de la peste y que volvamos aquí. D. Angel, escriba usted a Juan Antonio que traigan en seguida al señorito y le acompañará usted a Salamanca, en donde yo le espero; a Manuel Moro que ensille un caballo, que tiene que ir inmediatamente a Taberuela; y a Simona, que venga a mi cuarto, pues vamos a arreglar mi baúl. La Farruca queda encargada de la ropa y usted avíseme si algo ocurre, no pierda de vista los pleitos; reúname usted los papeles para, si vivimos a la vuelta, ir a Madrid.

(Toca la campanilla don Angel y viene el Jaro, al que dice.)

DON ANGEL.—Avisa a Simona que vaya al cuarto de la señora.

(Suena el tamboril.—Vase la Marquesa.)

ESCENA VII

DON IGNACIO.—¡Jesús! ¡Pues no lo toma con poco tiempo el tamborilero!... Me va a alborotar a los mozos y las mozas; pero sin el rosario no se van. Don Saturnino, haga usted el favor de decir a mi señora la Marquesa que me voy a que toquen al rosario, pues quiero meter en cintura

a los mozos y que no pierdan esta santa costumbre. Todo será que lo rece un poco más de prisa y corte los veinte Padrenuestros del final y los treinta responso de las ofrendas; así, que antes que ellos salgan, vendré a ponerme a sus órdenes. Hasta muy pronto, Dios mediante.

MÉDICO.—(Levantándose.)—Vaya usted con Dios, señor Cura.

(Al poco rato tocan las campanas para el rosario, cuyos sonidos se mezclan con el de la gaita y el tamboril.)

(Laman a la puerta.)

MANUEL MORO.—¿Hay permiso?

DON ANGEL.—¡Adelante, Moro, adelante!

ESCENA VIII

MORO.—Ya está ensillado el caballo. ¿Qué tengo que decir y adónde he de ir?

DON ANGEL.—Pues vas a Taberuela; le dices a la señá Agueda que la señora Marquesa va esta noche a dormir allí, que prepare las camas para la señora y su doncella en las alcobas de la sala; que les prepare una cena sana de las muchas cosas que ella tiene en la despensa; que les ponga aquellos cubiertos de mango de asta calada que dicen: «Pobreza no es vileza»; que maten una gallina para la olla para mañana, pues irán después de comer a Salamanca; en fin, que saque el hondón del cofre y tire la casa por la ventana, pues de éstas entran pocas en libra... ¡Que vaya su excelencia allí!...

MORO.—Está muy bien.—(Vase.)

DON ANGEL.—Lo que yo siento es no acompañarla, porque aquello serán las bodas de Camacho, como de costumbre, cuando pasamos. ¡Vaya un jamón! ¡Vaya unos chorizos! ¡Vaya unos quesones! ¡Aquello parece la tierra de promisión!

MÉDICO.—¡Vamos, don Angel, que no es el momento más oportuno para que usted se vuelva gastrónomo, cuando tenemos el cólera morbo asiático a la puerta!...

DON ANGEL.—¡Pero hombre, si aquella finca es un paraíso, con su río lleno de flores que atraviesa el monte y la pradera! ¡Cuánto más sano que estas calles, en donde no pone usted el pie sin pisar estiércol!... Ya podían también haber mandado quitar ese enorme cerdo de piedra que está a la puerta. ¡No lo puedo ver!... En fin, los tiempos cambian y ya harán justicia al valor de aquellos comuneros, que si ahora levantasen la cabeza y vieses los recargos de las contribuciones se volverían a morir!...

MARQUESA.—(Entrando.)—Don Angel, ¡a ver si está el coche!

ESCENA ULTIMA

JARO.—(Entrando.)—Señora Marquesa, está todo preparado y el coche para salir cuando disponga vucencia.

MARQUESA.—¡Bueno! Vamos primero a la iglesia a encomendarnos a Dios. Que traigan mi toquilla de viaje, mi saco de mano y la escusabaraja.

(Entra don Ignacio.)

DON IGNACIO.—Conque, señora, es la de vámonos.

MARQUESA.—Sí, señor, don Ignacio. Ya puede usted pedir a Dios que volvamos a encontrarnos todos buenos en esta casa.

TODOS.—¡Amén, amén!

MÉDICO.—¡Mucho cuidado, señora, con los alimentos! ¡Tomar poca agua fría y esa, hervida, y mucho oxígeno, y, en fin, observar todos los preceptos de la higiene, porque Dios dice: «Ayúdame y te ayudaré.»

DON ANGEL.—Sí, sí, a Dios rogando y con el mazo dando. Todos unimos ahora nuestras lágrimas al ver partir a vucencia y uniremos también nuestras plegarias para que la Santísima Virgen los deje volver con bien.

MARQUESA.—(Saliendo.)—¡Gracias, gracias! Así sea.

(Salen todos y se oye el tamboril y la gaita y los cascabeles que van alejándose.)

CAE EL TELON

CASA CAMPOS

CALLE DE NICOLAS
MARIA RIVERO, 11



A. Giarán. 4to

Un rincón de la espléndida sala de conciertos.

VENTA EXCLUSIVA DEL INCOMPARABLE

PIANO MANUALO BALDWIN

Y DE LOS PIANOS STEINWAY Y ELLINGTON

Muebles de lujo. Muebles de estilo
Muebles para despachos y oficinas
Antigüedades. Linoleum

Palacio u Hotel de Ventas

Atocha, 34

Madrid



Guardamuebles

Muebles de ocasión. Entrada libre



LA VILLA DE PARIS

CALLE DE ATOCHA, 67

Vestidos

Abrigos

Blusas

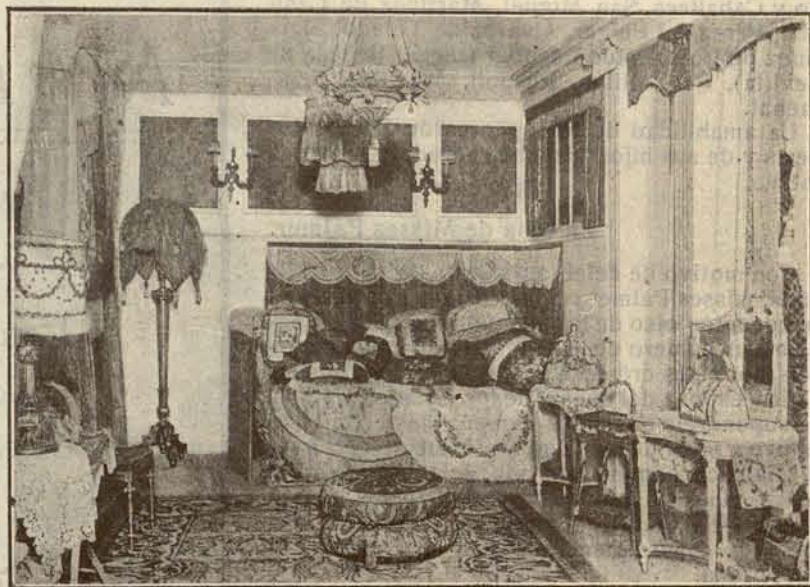
Esta Casa, la más importante de España, recibe de París todas las semanas nuevos modelos. *oo*

Carlos Gonzalez y hermano
casas en madrid (grau via 14)
sevilla. huelva. cordoba. málaga.

decoracion
cerámica
azulejos
saneamiento
fierros
artísticos



En esta Casa se exponen siempre en sus instalaciones del piso entresuelo las últimas creaciones para decoración de habitaciones y las más altas novedades en tapicerías.

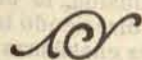


Vista parcial de una de las habitaciones de la exposición.

Modelos originales y extranjeros en
CORTINAJES ARTISTICOS, ALMOHADONES FLAFONIERS,
etc., etc.

Luis Vinardell

Azulejos *o* Mosaicos
Pavimentos
Cuartos de baño
Aparatos sanitarios



Exposición:
Alcalá, n.º 12. = Madrid



Alesanco

Peletería :: Novedades

Géneros de Punto

Venta y Exposición:

Carretas, 6

En casa de los señores de López Roberts.

Los señores de López Roberts han inaugurado, en su artística casa de la calle de Don Pedro, unas elegantes y animadas reuniones que tienen feliz realización los sábados por la noche.

Cuando escribimos estas líneas son dos las reuniones celebradas, y en ellas han hecho su presentación dos debutantes. Una era María Álvarez de las Asturias, hija del duque de Gor, y la otra, Pilar Fernández Durán, hija del marqués de Perales, y ambas muy gentiles y elegantemente vestidas.

Con éstas se unían otras que han hecho su debut recientemente y tan encantadoras como las señoritas de Padilla, hijas de nuestro ministro en Lisboa; como Carmen Pérez del Pulgar, la segunda de las hijas de los marqueses del Salar; como Mimo Moreno Osorio; como Blanquita Casal; Trina Jura Real; Sara San Millán, hija de los Benicarló, y la señorita de Medina Sidonia.

En el grupo juvenil figuraban también la marquesa de Espinardo y las señoritas de Aveyro, Carvajal y Colón, Pérez Seoane, Rubianes, Sclafani, Villapaterna, Villamarciel, Valdeiglesias, las dos bellísimas princesas Fabiola y Margarita Massimo, las dos señoritas de Fernández de Villaverde, la de Finat, y, en fin, las de Gor, Castillo y Caballero, San Miguel, Martínez de Campos, Pérez del Pulgar, Álvarez de Toledo, Martínez de Irujo, Salud Escobar (recién llegada de Sevilla), San Millán, Rúspoli, Muguero, Sememat.

La amabilidad de los señores de López Roberts y de sus hijos hizo más agradable la fiesta íntima.

En casa de Misses Palmer.

Con motivo de celebrar la fiesta de su cumpleaños, misses Palmer reunió hace pocos días en su coquetón piso de la calle del Príncipe de Vergara a un número de sus amigos. Como ya conocéis por estas crónicas a misses Palmer, la simpática esposa del cónsul de los Estados Unidos, ya supondréis que en la pequeña fiestecita todo estuvo a pedir de boca: un espléndido te y refrescos, música alegre y animada, partidas de «bridge» y mucha amabilidad por parte de misses Palmer—tan gentil—, de su esposo y de su madre que, como es sabido, pasa en España una temporada.

Y claro que se bailó y que no nos dimos cuenta de cómo pasaban las horas.

¿Los invitados? Eran muchos. Entre otros, la condesa de Velle y su hija, la baronesa de Woelmont y la condesa du Chastel, su hermana; los señores de Laiglesia, la marquesa de Valdefuentes y su hija Afriquita, Isabelita Dato, los señores de Bascarán, mistress Magruder, misters Worleys, la señora de Álvarez de la Rivera; el barón de Woelmont, el marqués de Valdeiglesias y su hijo José Ignacio, Creus, los marqueses de Castel-Bravo y Moratalla, los diplomáticos Figuerola, Vasco de Quevedo, Kelluer; los señores Díez de Rivera, Sastoricos, Santa María, Eward y muchos más que no recordamos ahora mismo.

Un te.

Hasta aquí este bailecito. Luego ha habido otras reuniones como las de los señores de Machimbarrena, que son agradabilísimas.

El hotel es lindo, risueño, elegante, con cierto aspecto de «chateau», con un bello jardincito andaluz que parece un sueño... Frecuentemente «se queda en casa» la señora de Machimbarrena (María Luisa Bascarán) y muchos amigos acuden a saludarla. Y en el lindo comedor o en el jardín se siven el te y los refrescos.

Son unas reuniones muy íntimas, con todo ese encanto del «petit comité» y con toda amabilidad que dispensan siempre a sus amigos los señores de Machimbarrena y su hermana la señorita de Bascarán.

Dos banquetes.

En la Legación de Chile se ha celebrado una comida íntima.

Con el señor y la señora de Fernández Blanco—representantes de Chile—y con el señor obis-

po tomaron asiento el ex ministro conde de Esteban Collantes, la condesa de Casa Tagle, el conde y la condesa de los Corbos, el ministro de Chile en Bélgica y la señora de Sánchez Errazuriz y su hija Gabriela, que es lo que se llama una monada; la señora viuda de Errázuriz, el señor y la señora de Yáñez, hijos del ilustre chileno que, en Noviembre último, visitó España; el señor y la señora de Polack y su hermana la señora de Escobar-Berdá, bellísima dama chilena que acaba de llegar de París; la señorita de Echenique y los señores Echaurren Valero, Márquez de la Plata y el hijo de los dueños de la casa D. Luis Fernández Blanco.

Después, en uno de los salones de aquel vasto palacio de la carrera de San Francisco, se tomó el café y se encendieron los habanos y continuaron las charlas de los reunidos y las amabilidades del matrimonio diplomático.

En el palacio de los condes de la Revilla se ha celebrado una nueva comida con motivo de celebrar «sus días» la joven condesa.

New England

Corbatas

Medias de seda

Camisería

Objetos de Arte

y

Fantasia

Madrid

Carrera de San Jerónimo, 29

Flores, flores, flores... ¡Dios mío, cuántas y cuántas!

El «hall»; el salón azul, el amarillo, el rojo..., todos florecidos de claveles, de rosas, de lilas blancas...

Y junto a las flores otros obsequios: objetos de plata, porcelanas, esmaltes... En fin, que se vió agasajadísima. ¡Así estaba ella de contenta! El adorno de la mesa era un primor.

—Este Juan—decía alguien—vale un dineral. ¡Cómo prepara todo!

Y Juan—que es un antiguo servidor del palacio—sonreía respetuoso.

Los condes de la Revilla, los condes de Sepúlveda y su encantadora sobrina; los señores de Manzano (D. Francisco y D. Luis Felipe), los de Sierra Valenzuela, los de Rodríguez Biedma, el marqués de la Hermida, la señora de Vizcarrondo, el doctor González Alvares y los señores García de la Loma (D. Salvador y D. Adelardo) fueron los comensales.

Todo muy bien, muy bien.

En el Colegio de las Esclavas del Sagrado Corazón.

Brillante y delicadamente artística resultó la fiesta celebrada la tarde del 3 de Mayo en el Colegio de las Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús.

El programa combinado para hacer resaltar los adelantos artísticos de las alumnas comprendía tres partes: ejecución de obras musicales de escogidos autores, cuadros plásticos y representación escénica.

Ante selecto y numeroso público dió principio la fiesta con el cuadro vivo «En Andalucía». Vestidas de gitanas aparecieron ostentando sus gracias ante deliciosa buñolería las señoritas Angela Eizmendi, Constancia de la Mora, María Vallejo, Elisa Linares Rivas y Angeles Alén.

La «Célebre sérénade» de Franz Drdla fué ejecutada con primor por las señoritas de Lancirica.

«Tengo yo en mi montaña» había de tener en ella una montañesuca, como la señorita de Mazzarasa, para que supiese tan dulcemente interpretar la preciosa poesía del P. Risco sobre ese tesoro hacia el cual se dirigen los ojos y el corazón de los buenos españoles, «¡El santo Cristo de Limpías!»

Y en esto llega la gente menuda, ¡y tan menuda que hubo incipientes artistas de cuatro años! «Grandmama's feast day» (El santo de la abuelita) fué un delicioso juguete cómico en que tomaron parte las señoritas Cristina y Carmen Gordón, Mercedes González Pintado, María Lancirica, María Viana, Matilde Llompert, María Victoria Sanford, Pilar Bárcena de Castro, Laura Maldonado, María Antonia Orozco, Beatriz González Gelpi, Arsenia Arroyo, Juana Sáenz, Josefina Ruiz de Assín, Rosa Topete, Carmen Escardó, Inés Primo de Rivera, Angela Vega, Teresa Leyún, Mercedes Hervás y Candelaria Gallego.

Siguióse a esto un coro del P. José Antonio de San Sebastián, «El rossinyol». ¡Qué buena idea hermanar los niños con los pájaros!

Y apareció en seguida un cuadro plástico ideal. La señorita de Chalband, con su arpa, representó admirablemente a la dulce Santa Patrona de los artistas de la Música.

Un «allegro» en «mi menor», a violines y piano, de Saint-Saëns, nos vino a sacar de nuestros arrobos musicales. ¿Qué es esto? ¡Pues nada, «que un clavo saca otro clavo!» Y en esto no hay paradoja.

«¡Como en los cuentos de hadas...!» Así llama Blanco Belmonte el poemita en dos actos y en verso que fué «le clou d'or» de tan delicada fiesta. El renombrado autor de esta obra y de otras que corren de mano en mano, dándole merecida fama, ha sintetizado su poemita con las siguientes palabras: «Burbuja de Vida palpitante de ambición la niña desamparada soñó con los tesoros y las fastuosidades de un principado y el ensueño fué realidad por arte mágica de la Ilusión. alarife de palacios en las horas de misterio que engarzan la melancolía del vespero con el alborzo del amanecer.

El ensueño, al tocarse en realidad, pierde hechizos de esperanza y adquiere pesadumbre de tedio, de afán que no se considera saciado.

La riqueza impone el deber de darle empleo; la diadema del principado del Nilo, como todas las coronas regias, tiene entretejidas espinas punzadoras.

Y cuando la burbuja de Vida va a estallar en llanto, la madrina Ilusión, la eterna Esperanza, surge consoladora ofreciendo la lección sublime de la experiencia, la enseñanza inefable de la Fe y de la Caridad.. Como en los cuentos de hadas..»

Lucieron sus aptitudes artísticas las señoritas Concepción Blanco, María de la Mora, Milagros Triana, Mercedes del Río, María Vallejo, María Esteve, María Elbretch y Elisa Linares Rivas.

A ellas, a sus compañeras, lo mismo que a las buenas Religiosas que con tanto interés toman el cultivo de los diversos ramos que hoy exigen las circunstancias para decir que la educación femenina es completa, enviamos desde estas páginas nuestra sincera felicitación.